

cion y una reverencia que reclamaba con mejor derecho la Iglesia ideal que acababa de surgir en mi mente; ya me iba, digo, dejando para otro día examinar aquel Templo con ojos de artista ó de curioso, cuando reparé en una cosa que correspondia ciertamente á la altura de mis meditaciones.—Tal fue una multitud de *Confesonarios*, colocados como en asamblea en una de las naves laterales, formando un amplísimo círculo.—Sobre cada uno de aquellos Confesonarios habia un letrado que marcaba el idioma en que podian revelarse allí los pecados.—*Pro lingua ilirica... Pro lingua gallica... Pro lingua hispanica... Pro lingua greca... Pro lingua lusitana... germanica... itala... arabica... britannica... etc. etc.* decian aquellos rótulos.

¡Hé aquí (pensé) el gran Tribunal de la Penitencia; hé aquí el gran océano de las culpas, en el que desembocan, como otros tantos rios, las confesiones de los mas apartados pueblos del mundo: hé aquí el Catolicismo, hé aquí la Iglesia de todas las Gentes!

En el *Confesonario* español se acusaba una mujer vestida de negro...—Comprendereis que no llevé mi espíritu de observacion hasta fijar los ojos en aquella penitente...—Adiviné, ó por mejor decir, forjé en mi fantasia una poética y dolorosa historia, y pasé.

Los *Confesonarios* franceses eran dos.—La lengua francesa será con el tiempo la lengua universal...—Ademas, en *Roma* hay 25,000 galos de guarnicion.

Luégo cruzé por delante del sepulcro de Pio VII, de aquel otro vencedor de Napoleon I.—Allí recordé cierto episodio que escribí hace tiempo con el título de *¡Viva el Papa!*

En la Basílica han sido enterrados *ciento treinta* Pontífices, empezando por San Pedro y concluyendo por Gregorio XVI.—Imaginaos ahora la inmensa variedad de suntuosos Mausoleos que se verán por todos lados!

La Catedral de San Pedro contiene 464 *columnas*, de las cuales 16 son de bronce, 239 de mármol y 209 de granito;—281 *estátuas* de bronce, mármol y estuco,—y 46 *altares*.

En la gran nave, á la derecha de la Tumba de los Apóstoles, hay una *Estátua* de bronce, que representa á *San Pedro*, tan venerada por los católicos, que le han gastado el pie derecho á fuerza de besárselo. La escultura data del año 440.

He dicho que me marchaba, conociendo que era imposible formar idea de todo lo que encierra la Basílica y prometiéndome volver más despacio, cuando estuviera mi imaginacion bastante sosegada para estudiar minuciosamente todos aquellos prodigios de arte; me marchaba, digo, creyendo que sólo habia permanecido en el Templo algunos minutos, cuando miré el reloj y ví... que mi visita habia durado tres horas!—Así acontece con el mar: contemplándolo, se pierde la conciencia del tiempo.

Mas no creais que salí de la Basílica para irme á la calle... no.—¡Aún tenia que ver lo principal!—Tenia que ver la Iglesia á vista de pájaro: tenia que subir á lo alto de la *Cúpula*.

Muchas y muy grandes emociones he experimentado durante esta ascension, siendo las principales: el aspecto exterior de la misma *Cúpula*, contemplada desde los tejados del Templo:—la vista interior del Templo mismo, cuando se asoma una á lo alto de la *Cúpula* y sumerge sus miradas en aquel profundo hueco... y distingue allá abajo las estátuas y los hombres como puntos imperceptibles que apenas se alzan sobre el pavimento de la iglesia;—y el momento en que se entra (después de haber dominado la *Cúpula* y la *Linterna* que la corona) en la gran *Bola* de bronce que sirve de pedestal á la *Cruz*.

Esta *Bola* de bronce (*la Palla*) puede contener diez y seis personas, y, sin embargo, vista desde la Plaza de San Pedro, aparece del tamaño de una naranja.

Dentro de la *Palla* encontré dos inglesas, sumamente tranquilas.—En cuanto á mí, nunca olvidaré el terror y el vértigo que me han asaltado en aquel lugar.—Hoy no corría viento alguno; y con todo, la *Bola* temblaba, se mecía, parecia que iba á hundirse, como un barco agitado por el Océano.

Fuera de la *Bola* hay todavía una escala de hierro por la cual se sube á lo alto de la *Cruz*.—Esta última ascension sólo la hace el encargado de iluminar, la víspera de San Pedro, aquella *Cruz* perdida en la inmensidad de los aires...

Un momento hubo en que pensé intentar yo la misma ascension; pero la mera idea de intentarlo me hizo perder la cabeza, y tuve que arrojar-me *al suelo*, temeroso de perder tambien el sentido...

Estas emociones las han experimentado (según nos dijo el guia) cuantos se han visto dentro de la *Palla*...—Y, á propósito: en las escaleras de la *Cúpula* he leído una porcion de Lápidas conmemoratorias de los principales viajeros que han visitado la bola de bronce, y resulta que han subido á ella más de cien Soberanos asiáticos, africanos y europeos.

Por lo demás, yo creo que el desasosiego que se experimenta en aquel gabinete aéreo depende más de la imaginacion que de los sentidos. La conciencia de la altura á que se encuentra uno; el recuerdo de la *Palla* vista por fuera y desde abajo; el temor á los terremotos, tan comunes en Italia; y, para mí, sobre todo (lo repito), la continua tentacion de escalar la *Cruz* y abrazarme á ella,—*idea* que estaba seguro de no realizar, y que, sin embargo, me trastornaba *por sí misma*,—son la verdadera causa de la intranquilidad que se siente, y que yo sentia, en un lugar tan seguro;—seguridad abonada por doscientos y tantos años de esperiencia.

Dicho se está que desde aquella fabulosa altura se goza de unas extensísimas cuanto interesantes vistas.—Desde allí se domina, en primer lugar, toda la mole de la Basílica,—inmensa azotea, coronada por diez cúpulas secundarias; vasta llanura de piedra, levantada en los aires, sobre la cual se encuentran calles, plazas, escaleras, monumentos... hasta viviendas humanas.—Con razon, pues, se ha dicho «que la *Catedral de San Pedro* es una especie de Ciudad aparte, comprendida en la Ciudad

»Eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz particular; »tan pronto desierta, como visitada por caravanas de viajeros, ó poblada »por una inmensa muchedumbre que acude á las ceremonias religiosas— »(En algunos Jubileos han llegado á *cuatrocientos mil* los peregrinos »que han entrado en Roma).—*San Pedro* tiene además sus algibes de »agua, sus caminos ó rampas, por las que pueden subir hasta la plata- »forma bestias cargadas, y su poblacion fija, que vive en las azoteas. Los »*San Petri*, obreros encargados de la conservacion de un edificio tan »precioso, se suceden de padres á hijos y forman una corporacion, con sus »leyes especiales y su policia.»

Tambien se ve desde allí toda la Ciudad de *Roma*, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el *Capitolio* que el *Quirinal*; así las *cuatrocientas Iglesias* cristianas, como los *Arcos*, *Obeliscos*, *Pórticos* y *Templos* de la gentilidad...—Aquí el *Pantheon*; allí el *Coliseo*; allá la *Columna-Trajano*; acullá el *Tiber* con sus cinco *Puentes* (uno de ellos colgante), y con sus barcas, sus muelles y sus puertos... En este lado la *Ciudad Leonina*, el *Vaticano*, los *Jardines Pontificios*, el *Castillo de Sant-Angelo*, el *Pincio*, la *Villa-Borghese*... En aquel otro el *Trastevere*, las *Termas de Caracalla*, las de *Tito*; *San Sebastian* (donde se halla la entrada en las *Catacumbas*, á las cuales ardo en deseos de bajar, y bajaré muy pronto); los *Cementerios* católico, Judío y Protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basilica de San Pablo*, presuntuosa rival de la de San Pedro; los *Acueductos*; la *Via-Appia*, trazada por dos hileras de tumbas; los melancólicos despoblados de la campiña romana; los *Montes de la Sabina*, los *Montes Albanos*, la oscura *Selva de Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruinas en medio de ésta, y pantanos á lo lejos, y el ferro-carril de *Civita-Vecchia*, y por último, en lontananza... la línea horizontal del *Mediterráneo*...—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran *Basilica* durante una de las más solemnes festividades de la Iglesia, y oiremos una *Misa* dicha por Pío IX, con asistencia de todo el clero romano.

## V.

EL MONTE JANÍCULO.—LA CELDA EN QUE MURIÓ TASSO.—EL PANTHEON.—EL PINCIO.—LA ARISTOCRACIA SEGLAR DE ROMA.—PUESTA DE SOL.—TERTULIA ESPAÑOLA.

El mismo dia 25, á las nueve de la noche.

No satisfecho todavía con la gran vista panorámica de *Roma* que disfruté esta mañana desde lo alto de la Cúpula de San Pedro, he pasado despues toda la tarde corriendo de cumbre en cumbre y cebando mis

ojos en la contemplacion de la Ciudad Eterna, cuyo aspecto general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres, antes de descender al estudio interior y observacion minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, ruinas y demás monumentos que la decoran.

Animado por esta idea, principié mi expedicion esta tarde haciéndome conducir á la cima del *Monte Janiculo*, la más alta de las diez colinas (no siete) sobre que se levanta *Roma*.

El *Monte Janiculo*, llamado hoy más comunmente *Montorio* (monte de oro), del color de sus arenas, se extiende entre el *Monte Vaticano* y el *Monte Aventino*, á lo largo de la orilla del Tiber.

Para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la Iglesia y Convento de *San Onofrio*, donde murió TORCUATO TASSO; y como aquel sea un sitio muy apartado del centro de *Roma*, aproveché la ocasion (por si no se me presentaba otra tan favorable) de visitar la celda inmortalizada por los infortunios del célebre poeta.

Un fraile gerónimo sumamente jóven, perteneciente á la Comunidad que habita hace tres siglos aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, esplicándome las menores circunstancias de los últimos dias de Tasso.—La celda se halla en el mismo estado en que la vió el cantor de las Cruzadas al lanzar el último suspiro.—Allí se encuentran su papelera, su sillón, un vaso antiguo de barro que habia siempre en su mesa, el Crucifijo de bronce que estrechó entre sus manos al expirar, y el espejo que copió su imágen; imágen que pasó por él como una nube por el cielo...—Algunas banderas de los Cruzados, coronadas de laureles que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes...

En otra parte se ve la mascarilla modelada sobre el rostro exánime del infortunado Torcuato...—El yeso repitió fielmente la horrible demarcacion de las facciones del tísico...—Y ¡cuán dolorosa es la expresion de aquellas mejillas, hundidas de aquella frente atormentada!

Sobre la papelera hay un tintero.—¡Es el mismo que usó Tasso durante los treinta y cinco dias que moró en aquella estancia!—Yo miré el fondo vacío de aquella fuente agotada, y pensé en las canciones, en los poemas, en los mundos de hermosura que se habrían secado al secarse la tinta que no estrajo de allí la pluma del poeta.

De otra pared penden dos cuadros, que encierran dos cartas autógrafas del cantor de *Aminta*.—Son sus últimos escritos.—Uno de ellos, trazado por la insegura mano del moribundo la víspera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera:

«A mi amigo Antonio Constantino.

»¿Qué dirá el señor Antonio cuando sepa la muerte de su Tasso? Y  
»en mi opinion, no tardará mucho la noticia, pues me sienta al fin de  
»mi vida: que nunca pudo encontrarse remedio á esta fastidiosa indispo-  
»sicion que ha sobrevenido á mis otros males crónicos, á la manera de  
»rápido torrente, por el cual, sin poderme detener un punto, me veo cla-

»ramente arrebatado.—No es tiempo ya de que hable de mi, obstinada  
 »suerte, por no decir de la ingratitude del mundo, que ha querido obte-  
 »ner la victoria de conducirme mendigo á la sepultura, cuando yo pensa-  
 »ba que la gloria que, pésele á quien le pese, darán á este siglo mis es-  
 »critos, no me dejaria al cabo sin galardón alguno.—Me he hecho conducir  
 »á este monasterio de San Onofre, no sólo porque los aires que aquí se  
 »respiran están reputados por los médicos como los mejores de Roma,  
 »sino por principiar desde este elevado sitio, y con el trato de estos de-  
 »votos padres, mi conversacion con el cielo. Rogad á Dios por mí, y estad  
 »seguro de que del mismo modo que os he amado y honrado en la per-  
 »sente vida, os amaré y honraré en la otra mas verdadera (lo cual es  
 »propio de una no fingida, sino sincera caridad), recomendándoos y re-  
 »comendándome á la Divina Gracia.

»TORCUATO TASSO.»

Asi viene á estar concebida aquella sublime carta, que he traducido apresuradamente, sentado en el mismo sillón en que la escribió el poeta.

Entre tanto, el jóven gerónimo me contaba, como si la hubiera visto por sus propios ojos, la vida que llevó Tasso mientras vivió con la Comunidad.

La ventana de la celda da á la huerta del convento y deja ver además un extenso panorama que comprende la mayor parte de Roma.

—«Allí se sentaba á descansar (me dijo, señalando á un paraje de la huerta en que se veía un enorme tronco sin ramas). Allí habia una hermosa encina, que yo he conocido, pues sólo hace diez y seis años que la abrasó el fuego del cielo... Allí escribió su último soneto á *Eleonora*.—La mayor parte del dia la pasaba en la Iglesia...—¡Ay! Cuando vino á pedirnos hospitalidad, ya estaba muerto.—Sin embargo, *nosotros hicimos* por él todo lo que *pudimos*.»

Este *nosotros*, dicho por un jóven, refiriéndose á lo que sus hermanos de religion hicieron hace dos siglos y medio, me impresionó vivamente.—Parecia que el Tasso acababa de morir, ó que el tiempo no habia corrido para aquellos lugares desde el momento en que expiró el poeta.

Por lo demás, dentro de aquella Celda, recordaba mi imaginacion la ciudad de *Ferrara*, mi visita al *Castello* de los Este, y la leñera del *Hospital de Santa Ana*, donde estuvo prisionero mas de siete años el ilustre cantor de Godofredo...

¡Pero al mismo tiempo pensaba en que el cadáver del poeta, del loco, del mártir, fué á la tumba coronado con el laurel divino..., ceñido á sus marchitas sienes por la mano piadosa del papa Clemente VIII!—¡Tardío, pero noble y sagrado galardón de su genio y de sus dolores!

Abajo, en la Iglesia del Monasterio, se halla el Monumento levantado recientemente por Pio IX, en nombre de nuestro siglo, sobre la losa que cubre las cenizas de Torcuato.—La Estátua del creador de *Reinaldo* tiene en la mano la *Gerusalemme liberata*, abierta por la primera página, leyéndose en el mármol y en letras de oro los dos versos con que principia el poema:

Canto l' armi pietose, e'l Capitano  
che'l gran Sepolero liberó di Cristo.

Salido que hube de *San Onofre*, seguí subiendo el *Monte Janiculo*, hasta llegar á su cumbre. donde se halla la *Fuente Paulina*, llamada así por ser obra de Pablo V.

*Roma* es la ciudad más rica de agua potable de todo el universo, y aquella cuyas fuentes públicas son más caudalosas.—Ya vimos anoche que por la *Fuente Trevi* corre todo un río, llamado *Acqua Vergine* (agua virgen).—Pues por la *Fuente Paulina*, que se encuentra á 64 metros sobre el Tiber, fluye l' *Acqua Paola*, que viene de los Lagos *Bracciano* y *Martignano*, muy distantes de Roma, por medio de colosales Acueductos.—Entra además en Roma l' *Acqua Felice*, llamada así del primitivo nombre de Sisto V: (*Felice Montalto*).

Los *Acueductos* que trasportan por los aires estos tres ríos á la cumbre de las colinas más altas de la Ciudad Eterna, suman una longitud de 27 leguas, calculándose en *ciento ochenta mil quinientos metros cúbicos* diarios el volúmen del agua que derraman por más de cien Fuentes, casi todas monumentales.—¡Y, aún así, este caudal sólo es la décima parte del que surtía las fuentes de la antigua Roma! Entonces eran diez los Acueductos, y producian *un millon trescientos mil metros cúbicos* de agua cada veinte y cuatro horas.

El agua de la *Fuente Paulina* es la mitad de la que viene de los Lagos citados, y, sin embargo, despues de volcar su volúmen en aquella altura, cual si fuese mero adorno de un ocioso monumento, baja á la Ciudad, poniendo en movimiento veinte y dos Fábricas, alimentando muchas Fuentes públicas y particulares, y yendo á parar al Tiber.—La otra mitad del *Acqua Paula* desciende al Vaticano, surte el Palacio de los Papas, riega sus Jardines, aparece en las Fuentes de la Plaza de San Pedro y subviene á todas las necesidades del *Borgo Nuovo*.

Cerca de la *Fuente Paulina*, y por debajo de ella, se encuentra la célebre Iglesia de *San Pedro in Montorio*, en una deliciosa posicion. Dicha Iglesia fue construida por nuestros *Reyes Católicos* y adornada por Felipe III de Austria.—Los muros del templo padecieron mucho en 1849, cuando los franceses sitiaron á Roma, defendida por Garibaldi.

Del *Monte Janiculo* bajé al *Trastevere*, barrio clásico de la plebe romana, habitado por una raza fuerte, viciosa, iracunda, medio cristiana y medio idólatra, indolente, guerrillera, papal y republicana á un tiempo mismo; que jura *per Baco* y lleva en el puñal una efigie de María Santísima; nunca ladrona, pero que os asesinará por el más fútil motivo; gran jugadora de naipes y de lotería; pintorescamente vestida con su capa melodramática y su sombrero puntiagudo:—;raza envilecida, que conserva en su fisonomía y en sus pasiones algo de la antigua Roma!—; hijos póstumos de la Loba, gobernados hoy por un Cordero!

Todos estos caracteres proverbiales de la plebe romana se advierten á primera vista, y, sobre todo, penetrando, como yo he penetrado esta tarde, en las tabernas en que se reúnen los trasteverinos á jugar, á beber, á maldecir y á matarse.—En una de aquellas tabernas permanecí media hora, fumándome filosóficamente un *cavour* y reparando mis fuerzas con un exquisito *montefiascone* y con ciertos pasteles que me han recordado el *alcuzcuz* de Marruecos.—¡Qué tipos he visto! ¡Qué conversaciones he oído! ¡Qué juramentos! ¡Cómo se enseñaban los puños aquellos hombres! ¡Cómo se amenazaban! ¡Cómo reían! ¡Qué barbas! ¡Qué ojos! ¡Qué voces! ¡Qué gestos! ¡Qué tinieblas morales (por decirlo así) en aquella atmósfera de humo de tabaco! ¡Qué pasión en medio de todo!

Al pasar despues por la Plaza principal del Barrio, me detuve un momento ante la insigne Basílica de *Santa Maria in Trastevere*, primer templo (segun la tradicion) en que celebraron públicamente su culto los Cristianos de *Roma*.—La primitiva Iglesia fue edificada (dicen) el año 222, sobre las ruinas de un Hospital de Inválidos (*Taberna Meritoria*): luégo fue destruida, cuando las grandes persecuciones contra los cristianos; levantada otra vez en épocas de tolerancia; derribada de nuevo; vuelta á construir, y finalmente agrandada y embellecida por muchos Pontífices, hasta llegar á ser, como es hoy, uno de los templos predilectos de los devotos de *Roma*.

Empezaba á declinar el sol, y yo queria terminar la tarde en el *Monte Pincio*.—Dejé, pues, el *Trastevere* por el *Ponte-Sisto* (construido sobre los pilares de otro, debido á Marco-Aurelio), y me encaminé hácia el Norte, por un dédalo de callejuelas, seguro de salir á terreno conocido...

Pronto me encontré en la Plaza del *Pantheon*, ó de la *Rotonda* (nombre que lleva tambien aquel majestuoso monumento, el más completo y acaso tambien el más noble y sublime que nos ha legado la antigüedad pagana).

El *Pantheon* (su nombre lo dice) fue un Templo levantado á todos los dioses.—Edificóse á expensas de Agripa, en tiempo de Augusto, algunos años antes de la venida de Jesucristo.—Hoy es una Iglesia católica, llamada *Santa Maria de los Mártires*.

Nada más sencillo ni más grandioso al mismo tiempo que el *Pantheon*. En él, sólo hay que admirar dos cosas: el Pórtico que lo precede, y la nave circular (la *Rotonda*) á que se reduce todo el edificio... Pero ¡hasta qué punto hay que admirar estos dos portentos!

El Pórtico se compone de diez y seis gigantescas columnas de granito oriental, cada una de una pieza, colocadas en dos hileras, de modo que sólo presenta ocho en su espaciosa fachada.—El tamaño de estas columnas es de 44 piés de circunferencia por 38 y medio de elevacion. Sus bases y elegantísimos capiteles de mármol blanco, así como el cornisamento y el fronton que sustentan, pasan entre los artistas como acabados modelos, por sus bellas y armoniosas proporciones.

Antiguamente se subia por siete gradas á este Pórtico ó vestibulo, cuya profundidad es de 61 piés por 104 de anchura.—Hoy se ha levantado tanto el terreno, que sólo hay que subir dos escalones.—Tambien acontecia en otro tiempo, que el fronton estaba revestido de un gran Bajo-relieve de bronce dorado; pero el Papa Urbano VIII lo hizo arrancar, y, con él y con la techumbre (tambien de bronce) que cubria el vestibulo, hizo cuatro columnas para el tabernáculo de la Basílica de San Pedro y ochenta cañones para el Castillo de Sant-Angelo...

En cambio, se colocaron dos mezquinos campanarios sobre el nobilísimo Pórtico del *Pantheon*; campanarios que la burlona plebe romana comparó en seguida con dos orejas de burro; todo lo cual hizo prorumpir á la musa callejera en este sangriento epigrama, fundado en que Urbano VIII era de la familia Barberini:

*Quod non fecerunt Barbari,  
Fecerunt Barberini.*

Aquí teneis una prueba más de lo que decia anoche á propósito de la *Via Crucis* del Coliseo.—Los hijos de Roma no han sido nunca tan cristianos que abominen de su prosapia gentilica. «¡Bueno que haya Papas en lugar de Emperadores; bueno que se conviertan en Iglesias nuestros Templos (murmura por lo bajo su instinto); pero que se respete el Arte; que no se toque á nuestros monumentos de los tiempos clásicos!»

Conque entremos en el *Pantheon*.

Ya lo he dicho: nada más sencillo ni más grandioso que aquella nave redonda, cubierta por una amplia y majestuosa cúpula.—El diámetro y la altura del *Pantheon* son iguales: 132 piés.—El espesor de los muros (esto no se vé, pero se sabe, y hasta se adivina) es de más de seis varas.—Tan soberano Templo no tiene ventana alguna. La luz y el agua del cielo (esta tarde estaba cubierto todavía de nieve el centro del *Pantheon*) entran por lo alto de la bóveda, donde, en vez de una *linterna* ó *templete*, como en todas las cúpulas, hay un gran redondel abierto, por el cual se ven cruzar las aves y las nubes.—El centro del pavimento está deprimido y tiene unos agujeros, como los patios de Andalucía, á fin de que se suma el agua cuando llueve.

Por lo demás, en los mismos nichos que ocupaban hace mil quinientos años Júpiter, Marte, Vénus, Saturno y otros dioses paganos, hay hoy altares consagrados á Jesus, á María y á algunos Santos Mártires.

Para concluir: en el *Pantheon* descansan los restos del gran pintor cristiano, del príncipe de los artistas, del divino RAFAEL. El sepulcro del pintor de las Vírgenes sirve como de pedestal á una imágen de María, llamada la *Madonna del Sasso*.—¡Ufano y gozoso debe de estar el místico genio á los pies de Aquella á quien tanto adoró, y cuya celestial hermosura fue la inspiracion de su vida!—A mayor abundamiento, cerca de la tumba de Rafael se halla la de su prometida esposa, sobrina del cardenal Bibiena, muerta tres meses antes que el gran artista...

De la Fornarina no hay rastro ni mencion de ninguna especie en tan augusto recinto.—¡Así debía ser!

A la puerta del *Pantheon* tomé un coche, en el cual me dirigí al *Monte Pincio*, pasando por la *Piazza Colonna*, el *Corso* y la *Plaza del Popolo*,—camino que ya conocemos.

Desde la Plaza del Pópolo conducen al *Pincio* unas extensas y redobladas rampas, sombreadas por añosos árboles y adornadas de Estátuas. Centenares de elegantes coches subían ó bajaban aquellas empinadas cuestas, que son otros tantos balcones escalonados en anfiteatro, desde los cuales se disfruta una soberana vista de la parte occidental de Roma.

Llegué, en fin, á lo alto del *Monte Pincio*, y halléme en una gran explanada llena de arboledas y jardines. En torno de ellos daban amplias vueltas los coches y los ginetes, mientras que la gente de á pie se agrupaba en algunos paseos ó salones, donde las músicas de los regimientos franceses obsequiaban á los romanos con las melodías de Bellini y Donizetti.

Allí arriba me olvidé de que estaba en *Roma*. ¡Nada habia allí que recordase á la Ciudad de los Césares ni á la Metrópoli del Catolicismo! Aquella multitud, aquella alegría, aquellos lujosos trenes, aquella música profana, aquellos trajes seglares y modernos, las miradas de amor que cambiaban los jóvenes, el humo de los cigarros, el crujir de la seda, el perfume de las damas elegantes, el Matrimonio (representado en tantas parejas), los niños que jugaban, los oficiales que lucian su uniforme y arrastraban su espada, todo me daba idea del siglo, y del siglo actual; todo me hacia creer que me hallaba en París ó en Madrid; todo me alejaba de la Ciudad de los recuerdos y de las esperanzas.

Y comprendí el amor y la juventud en medio de los dos severos ascetismos que constituyen el carácter de *Roma*: el ascetismo filosófico que inspiran las ruinas, y el ascetismo religioso que inspiran las iglesias. Y dibujé sobre el fondo melancólico de un horizonte alumbrado por dos crepúsculos,—por el de la vida y por el de la inmortalidad,—historias de pasión, sueños de libertad, imágenes de hermosura, delirios primaverales, todo el lirismo, todos los entusiasmos de nuestra rápida existencia...

En tanto se ocultaba el sol en el Occidente, tiñéndolo de color de púrpura.—La gran masa de la *Basilica de San Pedro* se dibujaba en los esplendores del ocaso, agigantada como los navíos que aparecen en el límite del horizonte al declinar la tarde.—En el *Monte Janiculo*, que acababa de recorrer, y del que ya me separaba toda la extension de *Roma*, blanqueaba todavía la nieve.—El Tiber amarillento habia tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecian y parecian cada vez mas altos, á la manera de espectros salidos de la tierra y encargados de tender sobre el mundo las sombras de la noche...

¡Hora sublime de patéticas emociones!—La niebla empezaba á envolver á la ciudad de los siglos.—La realidad se borraba tambien á los ojos

del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á su imaginacion.—Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria...—La gente que bullia en torno mio tomaba la forma de séres conocidos, de prendas inolvidables...

Una hora despues, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La dolorosa alucinacion que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio*, habia sido como una profecia, como un presentimiento de la consoladora escena con que ha terminado mi dia de hoy.

Esta escena ha tenido lugar en el *Café Greco*, punto de reunion de casi todos los artistas extranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los artistas españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en Africa, y pensionado hoy por la Diputacion provincial de Barcelona; á DIOSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro Gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acababan de ser premiadas en la Exposicion de Bellas Artes de esa villa y córte; á FIGUERAS, escultor catalan, que ha creado, dicen, una bella estátua de *doña Marina*, la amada de Hernan Cortés; á PALMAROLI, pensionado por los Reyes de España, y que pinta un cuadro de devocion que se elogia mucho; á DON ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura Exposicion española; á MARCIAL, á FRANCÉS, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo: allí he visto tambien á un jóven fotógrafo vascongado, el SEÑOR MOLINS, cuyo establecimiento tiene gran nombradía en Roma; á DON FERNANDO FERNANDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra Embajada, persona de gran instruccion é ingenio; á mi querido amigo el delicado poeta AMOS ESCALANTE; al SEÑOR BALEZ, agregado tambien á la Embajada española; al distinguido compositor catalan DON MARIANO SORIANO FUENTES; á los SEÑORES ARNAU y GARDIOLA, empleados en los Ferro-carriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca; al presbítero DON RAMON PUJOLS, excelente sugeto, capellan de la iglesia de Monserrate, y en fin, á otros varios españoles, *dispensandos* en su mayor parte.

No estaban allí ya (pero sí estaba su recuerdo) GISBERT y CASADO, ó sean los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*. Uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándose dos obras que, segun he visto en los periódicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velazquez.—Tambien te recordaban á tí en el *Café Greco*; ¡oh GERMAN HERNANDEZ, mi buen amigo!, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las ilusiones del arte y las melancólicas memorias de tu patria; á tí, el idólatra de la belleza pagana, que no supiste abandonar á *Roma* sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!—¡Allí te recordaban y allí te recordé; porque muchas veces me habias hablado de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

Desde el *Café Greco*, donde he permanecido dos horas, creyéndome en el *Café Suizo* de Madrid, y donde hemos pasado revista á media España, me he venido al Hotel, más triste aún que me encontraba esta tarde en el Pincio...—¡Ay! es el presentimiento del día que me espera mañana... ¡Mañana, día de Noche-Buena!

## VI.

## LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

«...¡Noche bendita!... cantan los niños sencillas y tiernas coplas; rien los padres tristes y hablan los taciturnos; bendicen á Dios las mujeres abandonadas, al ver una mirada de amor en los ojos del esposo... y en tanto los viejos, que ya no existen como actores de la vida, sino como testigos de la vida de otros, casi se consuelan de la proximidad de la muerte, al encontrarse reproducidos en sus hijos y en sus nietos...»

Saben cuantos me conocen, ó leen mis escritos, el recogimiento y el respeto con que saludo todos los años el día de Noche-Buena. Para mí es esta la más santa efeméride de la vida; un religioso aniversario que celebran todos mis afectos en el ara de la memoria; la fecha en que recapitulo mi pasado, desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginacion á mi familia y vivo mentalmente en su amoroso seno; la fecha tambien en que dirijo al porvenir una inquieta mirada, queriendo descubrir entre las vagas sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los séres que serán mis hijos, la casa que presenciará mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver.

Más de una vez he escrito y publicado mis solemnes emociones de este día.—Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta*, en que lloré la soledad del hijo-pródigo que busca afanado un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual... y no lo halla.—Más tarde publiqué unos *Episodios de Noche-Buena* (1), en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el día de hoy.—El año pasado, en fin, tracé á la luz de una hoguera, en los montes de África, unos párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado*...

En todos esos escritos he consignado ya cuanto pudiera decir aquí acerca de lo que experimenta el que vaga por el mundo como ave de paso, cuando, al marcar el reloj del tiempo este melancólico aniversario, recuerda el alma los tranquilos días de la niñez, las dulzuras del hogar paterno y tantos años perdidos en la vanidad de efimeros placeres.—Refié-

(1) De ellos está tomado el párrafo que sirve de epigrafe á este capítulo.

rome, pues, á aquellos escritos, y voy á limitarme hoy á apuntar aquí todo lo que he hecho y pensado en Roma desde que me levanté esta mañana hasta ahora, que es la una de la noche.

La mayor parte del dia la he pasado en la *Roma antigua*.—No sé qué instinto dramático me habia advertido que hoy debia remontar la historia del mundo, y revolver el polvo de las edades paganas, para venir á parar á la noche al Nacimiento de Jesús, al alboroe de la Nueva Era, á la cuna del Cristianismo.

Fuíme, pues, muy temprano al *Capitolio*, en cuyos Palacios entré, así como en su magnífico *Museo*; y allí cebé mi vista en grandes obras de la antigüedad (Estátuas, Bustos, Bajo-relieves, Tumbas, Lápidas, restos de una civilizacion hundida): allí tuve frente á frente las efigies de piedra de muchos Emperadores y Guerreros de Roma: allí encontré tambien á algunos grandes hombres griegos (Homero, Sófocles, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Alcibiades...): allí la *Estátua colosal de Julio César*, la única tomada del original entre las muchas que existen del gran Conquistador; allí el célebre *Caballo desgarrado por un Leon*; allí la *Loba antigua*, dando de mamar á Rómulo y Remo; allí el famoso *Gladiador moribundo*, una de las obras más bellas del ingenio humano; allí los Dioses de Grecia; allí los Héroes fabulosos; allí los Escritores... ¡allí todo un mundo!; y, sin embargo, aquel *Museo*, comparado con el del *Vaticano* (que ya veremos), es, segun me dijo el conserje, lo que una aldea comparada con Roma!

De camino ví la *Galeria de Pinturas*, donde hay muchas obras maestras, entre las cuales descuella *Santa Petronila* de Guerchino...—Pero despues de haber permanecido tanto tiempo en compañía de las nobles Esculturas de la gentilidad; despues de haber recorrido la *Sala de los Emperadores*, la *Sala de los Filósofos* y la *Galeria de Bustos*, mi alma no se hallaba templada para sentir ni comprender las excelencias de las artes de otra civilizacion.—Así, pues, pasé ligeramente por la *Galeria de Pinturas*, y me hice llevar á un *Gabinete reservado*, donde se hallan tres prodigios del arte griego, inspirados por la mas refinada voluptuosidad y, como tales, negados á la contemplacion pública...—Estos tres prodigios son la *Venus Capitolina*, *Psiquis y el Amor*, y *Leda y el Cisne*. . . .

Desde el *Capitolio* fuí á la *Roca Tarpeya*,—que, como dijo Mirabeau, *no dista de aquel más que un paso*.

El salto de la *Roca Tarpeya* ha dejado de ser mortal. El abismo que se abria á sus plantas ha subido cuarenta piés con los escombros de los siglos, y sobre estos escombros se han edificado algunas pobres casas, cuyos tejados casi se tocan con la mano desde la antes formidable altura.

Un humilde hortelano es hoy dueño de la antigua *Roca*, convertida ahora en una especie de jardin babilónico, vulgo *terrasse*, plantada de berzas.—Trabajo, pues, le costó á mi imaginacion ennoblecer aquel sitio, á fuerza de recordar las grandes escenas que allí habian pasado.—Pero una vez mi espíritu en tension armónica con los hechos, bus-

qué con la vista la tumba de la infame *Tarpeia* y el lugar por donde fueron precipitados el tirano *Manlio* y tantos traidores á la patria... Y nada encontré, sin embargo, ni nada pudo reconstruir mi fantasía..., por lo cual hubo al fin de contentarse con repetir algunos versos de la tragedia de Antonio Lafosse titulada *Manlius Capitolinus*...

En seguida bajé al *Foro*.—Los blancos fantasmas que habia vislumbrado anteanoche á la luz de la luna, aparecieron á mis ojos en toda su fria realidad. Rotas columnas, capiteles hundidos en el polvo, trozos de elegantes cornisas, todo volvió á excitar mi admiracion; pero no ya como espectros de generaciones que abandonaban la tumba, sino como muestras patentes de la cultura artística de un gran pueblo.

Pronto pasé cerca de las ruinas del *Templo de Saturno*, donde se hallaba el *Tesoro* de Roma en tiempo de la República: aquel tesoro amasado con la sangre y el sudor de tantos pueblos vencidos, y robado más tarde por César y por su hijo y matador!

Dejé atrás los esqueletos insepultos de otros famosos Templos; los Arcos levantados en honor de grandes triunfos que, sin el auxilio de tales monumentos, hubiera eternizado la Historia; la gigante mole del *Coliseo*, que no me impuso menos á la luz del sol que á la luz de la luna, y, por último, abandonando la *Via Sacra* (camino trazado por monumentos de gloria), pasé bajo el *Arco triunfal de Constantino* (puerta simbólica, que dió solemne entrada al Cristianismo en la gran Metrópoli pagana), y me dirigí en busca de las *Termas de Caracalla*.

Nada más imponente que aquel gigantesco edificio, adonde acudia todo el pueblo romano á bañarse, á comer y á solazarse en varios juegos (todo por cuenta del Estado), mientras era hora de entrar en el Coliseo á cebar sus ojos en el sangriento espectáculo de las luchas de hombres y de fieras. En aquellas *Termas*, que no eran las mayores de la Ciudad, habia hasta 1,600 sillas de baño, todas de mármol pulimentado; salones de espectáculos, tertulias, etc. etc.—Hoy sólo queda de tanta grandeza una confusa amalgama de ruinas descomunales; bóvedas agujereadas por donde se ve el cielo; arcos enormes, que subsisten, aún despues de haber desaparecido los pilares en que se apoyaban; recios muros vestidos de rosales silvestres; pavimentos de mosaicos de serpentina, pórvido y otras riquísimas piedras, y, sobre todo, la asombrosa planta del edificio, dentro de la cual se alzarían con holgura, no una, sino varias de las construcciones modernas que pasan por colosales. . . . .

De las *Termas* fuí á la *Tumba de los Escipiones*, descubierta en 1780 en una viña próxima á la Puerta de San Sebastian.—Muchos preciosos objetos de arte encerraba aquella catacumba, abierta en un terreno volcánico; pero todos han sido trasladados al gran Museo Pontificio. Lo que no se ha averiguado todavía á punto fijo es si los Escipiones enterrados en aquel lugar son ó no son los mismos que conquistaron el Africa, la España y tantos otros paises. Como quiera, yo he leído, en una de las lápidas que allí se enseñan, estas palabras, que me han inspirado tanta in-

dignacion como ufanía (indignacion, porque la catástrofe de Numancia no puede llamarse vencimiento, y ufanía, porque eran los *Romanos* los que se engreian de tales triunfos): «ESCIPIÓN, VENCEDOR DE ESPAÑA.»

Pocos pasos más adelante, y en otra viña, famosa en los mercados de *Roma* por sus exquisitos frutos, encontré los célebres *Columbarios*, cuyo descubrimiento dió tanta luz á la historia y á la filosofía para comprender muchos hechos, identificar fechas y nombres, y penetrar en el espíritu de las costumbres romanas.—Los *Columbarios* (su nombre lo dice) son una especie de *palomares*; ó, por mejor decir, son como un diminuto boceto de nuestros cementerios modernos; pues se componen de nichos abiertos por pisos en las paredes, bien que no se hallan murados. Dentro de cada uno hay ciertas cajitas de mármol, cuando no una especie de ánforas, en cuya tapadera se lee el nombre del mortal cuya ceniza está allí guardada.—Excusado es decir que, al hablar de ceniza, no uso mi estilo figurado; pues sabe todo el mundo que los romanos quemaban los cadáveres, envueltos en una túnica de amianto, hasta convertirlos en pavesas, con el fin de hacer más cómodo su trato familiar y frecuente con los restos de los finados.

De todo lo que hasta ahora he visto en *Roma*, nada me ha impresionado tan viva, tan verdadera, tan crudamente como estos singulares cementerios. Descubiertos en 1831 y por un pueblo acostumbrado ya á respetar los monumentos de pasadas civilizaciones, los columbarios permanecen intactos, tales como se encontraban hace miles de años cuando su piadoso guardador los cubrió de tierra para ocultarlos á la profanacion de sacrilegos invasores, y tales como el arado de un pobre labrador los hizo aparecer de nuevo á la absorta vista de nuestra generacion.—Así es que allí se ve á la Antigüedad palpitante, auténtica, fehaciente. La lámpara de bronce pende del techo: las cenizas, no turbadas todavía, reposan en el fondo de las ánforas, y mi mano ha sido la primera, al cabo de tanto tiempo, que ha ido á remover algunas, como diciéndoles: ¡despertad! Las paredes se ven cubiertas de pueriles pinturas al fresco, que representan por lo regular guirnalda de flores. Dentro de los nichos se ven jarros, ídolos, lámparas de tierra y otros objetos curiosos. Sólo en un *Columbario*; he contado hasta 600 urnas cinerarias, alguna de las cuales, según su epitafio, contenía confundido el polvo de una familia entera...

¡Santo depósito de dolores y memorias, de supersticion y de cariño, confusa mezcla de séres; emblema de aquel pueblo en que se confundía un mundo! Y ¡qué solemnes consideraciones se prestaba aquel pequeño recinto, en que se veian expuestas, como una simple curiosidad arqueológica, tantas historias, tantas vidas!

Al salir de los *Columbarios*, ví á lo lejos un largo camino, adornado á un lado y otro de blancos y ruinosos monumentos.

Aquellas dos hileras de destrozados mármoles se perdian en el horizonte, con direccion á *Albano*.

Era la *Via Apia*,—á la cual me encaminé.

Los monumentos que se veían en ella y que llegarían á mil, eran tambien Tumbas de antiguos romanos.—Aquella fúnebre calle, sembrada de sepulturas, me trajo á la imaginacion los caminos de las pagodas indias, cubiertos de huesos de peregrinos...

¡Cuánta melancolía en todo lo que iba viendo!—En torno mio se dilatava una estéril llanura, interrumpida á veces por los enormes esqueletos de los antiguos *Acueductos*, que parecían tambien sepulcros inconmensurables! ¡Sepulcros por todos lados! ¡Ceniza humana do quier!

Cerca de mí se levantaba la Iglesia de *San Sebastian*, por donde se baja á las *Catacumbas*, á la vasta ciudad subterránea, atestada tambien de sepulcros; al asilo de los primeros cristianos; á la casa y panteon de los Mártires...

No me atreví á entrar allí.—Mi visita á las *Catacumbas* debe ser objeto de una peregrinacion especial. Hoy agitaban ya mi espíritu demasiadas sensaciones para que pudiera entregarse completamente á la religiosa poesia de tan venerandos recuerdos.

Dí, pues, la vuelta á *Roma*, no sin subir ántes al *Monte Palatino* y visitar las ciclópeas ruinas del *Palacio de los Césares*, de la *Domus Aurea* de Neron!

La primitiva *Roma* habia empezado en aquel mismo Monte en que se alzó luégo el más soberbio testimonio de su grandeza. Fué, pues, siempre aquel un lugar sagrado, que resumia la historia de la reina del mundo.—Allí levantó Rómulo el primer techo romano: allí vivió Augusto: allí espiró el Imperio en las más escandalosas disipaciones. . . . .

Quando entré en la *ciudad moderna*, eran ya las cuatro de la tarde.

Todas las tiendas estaban cerradas: circulaban muy pocos coches: apenas se veía gente en las calles, y la que me encontraba, iba cargada de aguinaldos.—La gran preocupacion de los romanos, como de todo el mundo católico, era en aquel momento la colacion de Noche-Buena.

A las ocho de la noche, todas las calles estaban desiertas; todas las Iglesias atestadas de gente.

Luégo quedaron tambien solitarias las Iglesias, y la gente se refugió en sus casas.

Yo me encontré solo en la calle.

Eran las nueve.

Todas las familias estaban reunidas; todos los hogares daban calor; todos los corazones contaban con otro corazon en que depositar sus alegrías ó sus penas...

Yo, movido por una inclinacion invencible, encaminé mis pasos á la Plaza de España, y me paseé largo tiempo á la puerta de nuestra Embajada, al amparo del Escudo de Castilla.

Pronto vino á reunirse otro paseante solitario...

Era mi amigo, mi compañero de viaje, mi compatriota Caballero, á quien no habia visto en todo el dia, y que, impulsado por una tristeza

idéntica á la que á mí me dominaba, iba á buscar allí el mismo remedio:—¡á soñar con la patria y con la familia!

No hay elegía tan triste, ni cancion tan patética, ni égloga tan dulce y tan suave, como el diálogo que en casos como este entablan dos hermanos de destierro.—Andalucía, nuestra tierra comun, fué el asunto de nuestras tiernas memorias. Sus ciudades, sus campos, sus cortijos, las familias pobres y las acomodadas, los viajeros que hacian alto en las ventas de los caminos, todo apareció á nuestros ojos, tal como se encontraría en aquella solemne hora. Y los cantos populares, y las costumbres de cada pueblo, y los manjares acostumbrados, y las tradiciones de una y otra casa, y la enumeracion de su familia y de la mia, dieron materia á una sabrosa y larga plática, eco fiel de la que tuvimos antes de abandonar á Florencia...

Esta conversacion era interrumpida á cada instante, ó, por mejor decir, iba acompañada continuamente, de este pensamiento:—«Nuestras familias saben que estamos en *Roma*.»—Y el augusto nombre de *Roma* suscitaba un órden más elevado de ideas, que se sucedian en mi imaginacion paralelamente con las otras enunciadas.

—«Cuando vino el Mesías, hace esta noche 1860 años (pensaba yo), *Roma* dominaba en Jerusalem.—Hoy es *Roma* la Metrópoli del Cristianismo...»

Y el recuerdo de la visita que esta mañana habia hecho á las ruinas del Imperio, mantenía viva en mi imaginacion á la Ciudad Eterna bajo su aspecto gentil. Créame, pues, en el Siglo de Augusto, en la *Roma* de los Césares, y, desde tal punto de vista, me parecia que esta noche era, no el aniversario del natalicio de *Jesús*, sino la misma en que se verificó este misterioso acontecimiento.—Y busqué en el limpido espacio la bendecida *estrella* que vieron los pastores... Y el silencio de la Ciudad de los Siglos me representó la suspension de júbilo que, segun los Santos Padres, experimentó el universo en aquella sublime hora... O más bien lo traduje como miedo de la antigua civilizacion, condensada entonces en *Roma*, al presentir que acababa de venir al mundo Aquel que debia hundir los templos y los alcázares del error y de la abominacion...

Estas ideas acabaron por eclipsar en mi alma los melancólicos destellos de la remota patria y del perdido hogar.

—«Nace nuestro Dios (díjeme á mí amigo), y nace para vencer y dominar á esta corrompida *Roma*. ¡Regocijémonos al abrigo de nuestro Templo, bajo el techo de la Casa de todos los fieles, al amor del Hogar que se enciende esta noche por primera vez en la distante *Judea*!...»

Y hablando, ó pensando, ó sintiendo así, encaminamos nuestros pasos á *Santa María la Mayor*, una de las cuatro Basílicas que tienen *Puerta Santa*, y la principal de las Iglesias consagradas en *Roma* á la *VIRGEN MARÍA*.

Para ir á aquel Templo, pasamos por una confluencia de calles, llamada *Plaza de las Cuatro Fuentes*, situada en la cima del *Monte-Quirinal*.

Cada una de las Fuentes que dan nombre á aquella Plaza, adorna la esquina de un Palacio.

El principal de ellos es el *Palacio Pontifical del Quirinal*, residencia de los Papas durante el verano.

Al otro lado veíamos una magnífica Casa, profusamente iluminada, de más alegre aspecto que suelen presentar los palacios de *Roma*, y en cuyo espacioso portal habia algunos criados con lujosas libreas...

Era la residencia de la Reina Cristina, de la madre de la Reina de España.

Allí habia esta noche una gran cena, á la que asistian muchas familias españolas. Tal vez aquellos criados eran compatriotas nuestros. La luz de aquel portal calentaba nuestro corazon, como si, más que luz, fuese fuego; como si fuese un hogar de la ausente Patria.—Desde tierra extranjera nadie siente las iras de las discordias civiles.—El muro de aquel Palacio nos fue, pues, esta noche tan sagrado y tan querido, como poco antes el de la Embajada de España...

Pasamos, con todo, sin entrar, y llegamos á *Santa Maria la Mayor*.

Las puertas de la insigne Basílica, fundada en el siglo IV del Cristianismo, estaban todavía cerradas.—Se esperaba al Cardenal que habia de decir la *Misa del Gallo*.—Un pueblo inmenso aguardaba sentado bajo el noble pórtico de la Iglesia, ó paseábase alrededor de la gran *Columna*-corintia que se levanta allí cerca, y que perteneció á la primitiva Basílica.

Hacia luna. El pueblo romano reia y cantaba. Muchos extranjeros vagaban de la *Columna* á un arrogante *Obelisco* que se alza detrás del Templo, en una vasta Plaza.—Nosotros, más tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo... cuyo puente levadizo tardan en bajar.

En esta situacion, vimos á lo lejos y á la plena luz de la luna á Jussuf, al incomparable marroquí, el cual, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, se paseaba filosóficamente, llevando una francesa colgada de cada brazo,—doncellas del Hotel sin duda...

Asi oimos las doce, la hora solemne, y asi pasamos otra media hora.—La puerta de la Iglesia no se abria: la noche refrescaba cada vez más: yo no estaba bueno...—Por otra parte, teníamos que madrugar mañana para ir á *San Pedro* y ver al Papa de pontifical...

Volvimos, pues, á casa sin oír la Misa del Gallo; tomamos té como cualquier otra noche; he escrito estos pobres apuntes, y hé aquí que ahora voy á dar permiso á mi alma (como á una criada de que ya no tengo necesidad) para que vuele á otros países á pasar el resto de la noche en compañía de las personas de su predileccion.

## VII.

## EL PAPA DE PONTIFICAL.

Roma 25 de diciembre.

Guadix fue una importantísima Colonia de los Romanos; despues, en poder de los Moros, llegó á ser hasta capital de un Reino; verificada su conquista por los Reyes Católicos, aún conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de 8, cuando fueron los Franceses, los graves señores que componian su Ayuntamiento vestian sendas capas de grana, ceñian espadin y se cubrian con sombrero de tres picos.—Yo he alcanzado á conocer la capa de grana de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil usos burlescos en nuestros juegos infantiles.—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era ya una pobre ciudad agrícola... por cuenta de hacendados forasteros.—Los duques y marqueses, á quienes se repartió su territorio despues de la conquista, y cuyas grandes y ruinosas casas, coronadas de torres, se ven todavía en las principales calles, se habian ido á vivir á Granada ó á la córte de las Españas: los otros pobladores empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculacion, que habia fraccionado sus caudales: las Ordenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habian sido suprimidas, vendiéndose todos sus bienes: el Provincial, su ilustre batallon provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña, peleando contra el Pretendiente: el antiguo Corregimiento no existia: todo el mundo vestia ya de paisano, sin capa de grana ni espadin: los tradicionales gremios pertenecian á la historia: la *Alcazaba* era un monton de ruinas.

De la antigua grandeza sólo quedaba en pié un monumento, y ese era la *Catedral*. La Catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres Prelados y sabios Cabildos, descollaba sola entre las ruinas romanas, árabes y semi-feudales. La Catedral era el único Palacio habitado; el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia; el alma y la vida de Guadix.

En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura: allí oí la primera música: allí admiré los primeros cuadros. Allí tambien, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas del lujo; el tisú, el brocado, el oro, la pedrería; ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al són del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la ciudad. Y museos, teatros,

monumentos arquitectónicos, conciertos, alcáceres dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí; todo se me revelaba de la manera que los fulgores de la Gloria brillan á los ojos de los extáticos.

Por consiguiente, las grandezas de la tierra, los prodigios de las artes, el *sursum corda* de la poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de místico arrobamiento; y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente.—Figuraos, pues, las profundas emociones que me habrá producido la solemne, grandiosa, verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la *Basilica de San Pedro*: figuraos lo que habrá sido para mí la Misa de Pascua, celebrada de pontifical por Pio IX en el más grande y suntuoso Templo del mundo.

Para colmo de dicha, lo he visto todo muy de cerca y comodísimamente, merced á la amabilidad de nuestro encargado de Negocios, que nos invitó á Caballero y á mí á formar parte de la Embajada Española, y á ocupar por consiguiente la tribuna levantada para el cuerpo diplomático, entre el Altar Mayor y el Trono del Sumo Pontífice.

Paso por alto la emoción con que entré en la *Basilica de San Pedro*, sabiendo como sabía que algunos momentos despues iba á ver al Papa.—Esto se adivinará fácilmente.

Cuando entramos con la Embajada, la Iglesia estaba completamente llena, lo cual quiere decir que dentro de ella habia más de 100,000 almas.—Allí, en una nave lateral, se veía toda la Guarnición francesa, esto es; cerca de 15,000 soldados.—En otra parte (en el hueco que mediaba entre dos pilares) se encontraban todo el Ejército Pontificio, compuesto en su mayor parte de irlandeses (arrogantísimos hombres), y los *Zuavos del Papa* (creación moderna) con sus uniformes grises.—El resto lo ocupaba una heterogénea multitud, cuya mitad se componía de extranjeros.—Millares de inglesas, con los velos azules y verdes de sus sombreros echados sobre el rostro, asistían de pié al espectáculo, como simples observadoras.—Esta frialdad filosófica me hacia daño en aquellas mujeres tan lindas y de aspecto tan suave.—Por todos lados se veían moros, judíos, peregrinos católicos, graves alemanes de doradas cabezas, *touristes* de todo el góblo (Jussuf entre ellos), y, como fondo de este cuadro, el pueblo de *Roma*, ávido de emociones, cansado de ellas, con sus altivos rostros y su actitud humilde, preocupado tal vez con la idea del peligro que dicen que corre la Ciudad Eterna de dejar otra vez de ser la capital del mundo...

En las tribunas que había á los lados y en frente de la nuestra, encontrábanse la Reina Madre de Nápoles y dos Hermanas y un Hermano de Francisco II, todos ellos vestidos de negro..., no sé si por el difunto Rey ó por el hundido Trono: la Reina Madre de España, doña María Cristina de Borbon, su Esposo y algunos otros españoles: el Príncipe Canino: las

Autoridades de *Roma*: el General Goyon, General en Jefe del Ejército de ocupacion, y algunos Oficiales superiores africano-franceses: los Embajadores de todas las naciones, y, en lugar preferente, el Embajador francés, Duque de Grammont, que no sé por qué me parecia el dueño (y de tal se daba los aires) de la Ciudad Papal y el Presidente de aquella Asamblea tan ilustre.

Ni un solo Sacerdote se veia todavía en el Templo, fuera de los que andaban confundidos con la muchedumbre.—La atencion y la expectativa eran inmensas... De un momento á otro debia de llegar el Papa con todo el Clero romano...—Reinaba un profundísimo silencio.

En medio de él oyóse el estampido de un cañonazo.

El Castillo de Sant-Angelo daba la señal de que el Sumo Pontífice bajaba de su Palacio á la Basilica.

A aquel cañonazo siguieron otros, y repiques de campanas, y una indescriptible agitacion en la multitud que inundaba el Templo.

El corazon me latia con una violencia irresistible: sentí frio y ganas de llorar...—Me desconocia.

En esto se oyó en los aires, en lo alto de la gran Puerta de entrada, donde hay un extenso balcon, el acordado y melodioso ruido de muchas trompetas que batian marcha.

Aquellas trompetas me recordaron las de Jericó, é imaginé que á su religioso y marcial sonido caian por tierra las puertas del Templo para dar paso al Pontífice—rey.

En efecto, Pio IX acababa de entrar en la Basilica.

Yo no lo veia aún; pero las oscilaciones del gentío me iban indicando el tránsito del Papa por la inconmensurable Iglesia.

Y las biblicas trompetas, únicos instrumentos que pueden tocarse en *San Pedro*, seguian entonando aquella marcha triunfal, sagrada, parecida á un salmo heróico de David.

De pronto la Procesion aparece por detrás de uno de los enormes pilares del Templo, y veo alzadas sobre la muchedumbre unas andas de oro, en las cuales viene sentado sobre la *silla gestatoria*... (lo diré en la misma forma que revistió en mi imaginacion) un *Santo vivo* (un San Gregorio, un San Leon, un San Félix); un Santo animado, palpitante, auténtico...; un venerable anciano, de nobilísima y apacible figura, paramentado con la capa pluvial y la Tiara, llevando en una mano las *Llaves del Cielo*, y bendiciendo con la otra á las Naciones, á las *Gentes*, congregadas en torno suyo; la efigie viviente de San Pedro; el mortal que representa á Jesucristo sobre la tierra; el Papa, en fin; Pio IX...; la Cabeza visible de la Iglesia!

¡Es la primera vez que veo á un ser humano en procesion, en apoteosis, divinizado, exaltado, levantado al cielo!...—Aquella sagrada imágen movía blandamente los labios para rezar, esparcia su paternal mirada sobre la multitud, se balanceaba levemente en su silla al compás de la marcha, y hacia con la diestra la señal de la cruz...—Rodeábale una nube

de incienso: anchos abanicos de plumas agitaban el aire en torno de él; un alto palio cobijaba las andas; las gentes se arrodillaban á su paso...—Era un dios.

Precedíanle, acompañábanle y seguíanle más de mil Sacerdotes, entre ellos todo el Colegio de Cardenales, más de cuarenta Arzobispos y Obispos, los Canónigos de todas las Basílicas de Roma, los Generales y Priors de innumerables Ordenes religiosas (cada cual vestido con su *hábito regular*), los Abades mitrados, toda la Antecámara pontificia, Camareros de honor y secretos seculares, Procuradores del Colegio, el Confesor de la Familia Pontificia, el Predicador apostólico, los Escuderos pontificios, los Camareros públicos, los Capellanes comunes y secretos, llevando en las manos todas las Tiaras y Mitras del Papa, el Procurador fiscal, el Comisario y los Auditores de la Rota, los Abogados consistoriales, los Capellanes cantores, los Votantes de la signatura...—Y tambien iban los elegantes *Guardias Nobles*, ó sea el antiguo Patriciado Romano, que hoy constituye la escolta personal del Papa; el *Senador de Roma* (otro reflejo de la antigüedad gentilica), marqués Antici-Mattei, con los Conservadores del Pueblo Romano, en traje de ceremonia; el Gobernador de Roma, el *Príncipe Asistente* al sólio, y otros muchos personajes seculares y eclesiásticos, vestidos con diversos y nunca vistos hábitos y uniformes, que me traian á la imaginacion siglos, civilizaciones y pueblos diferentes, y aumentaban la honda perturbacion que aquel espectáculo habia producido en mis ideas y en mis sentimientos.

Entre los mismos Obispos, los habia del rito griego, vestidos de distinta manera que los romanos.—Representaban á la *Iglesia griega unida*.

¡A cuántas consideraciones se prestaba aquel acompañamiento!...—Pero yo no tenia verdaderamente atencion ni reflexion más que para contemplar al Papa...

El Supremo Gerarca habia bajado de la *Silla Gestatoria* y adoraba el Santísimo Sacramento. Luégo se dirigió á pié al *Trono de Tercia*, y allí, mientras se cantaba aquella hora canónica, se revistió los paramentos pontificales para la Misa.

Una y otra vez ví pasar á Su Santidad á dos pasos de mí. Su noble y aventajada estatura, su plácida belleza (que describiré cuando lo visite en su Palacio), su venerable ancianidad, la grandiosa riqueza de sus sacras vestiduras, todo correspondia al alto ideal que yo me habia formado desde niño del Sumo Pontífice, del Soberano de las almas...

En vano el ruido de sus pasos, el sonido de su voz, los accidentes comunes de su existencia humana me recordaban á cada momento la condicion mortal y finita de aquel ser tan excepcional y tan grande; y en vano tambien mi razon pretendia con cruel insistencia someter todo aquel sublime instante, y los personajes que en él figuraban, y mis propias emociones, á un frio análisis, á un despiadado estudio... La imaginacion y el sentimiento recobraban siempre su dominio sobre el cálculo; el límite de lo natural se rompía como un crisol de frágil vidrio, y la veneracion, el

miedo, la poesía, la fe..., lo que quiera que fuese, se escapaba del alma, remontaba su vuelo y se perdía en las regiones infinitas de lo sobrenatural, de lo eterno, de lo milagroso.—El hombre, en fin, no era allí nada: el pontífice lo era todo.

Ni hubiera sido leal desatender las voces con que el sentimiento clamaba por su libertad é independencia. ¡Tan hijo mio era él como el soberbio pensamiento! Los dos habian nacido en mi alma, y yo no debia hacer al uno esclavo del otro, imponiendo á los inconscientes é indeliberados movimientos de mi corazon, que aspiraba á mayor vida y á mejor mundo, la tiranía de mis sentidos materiales, de mi escasa razon, de mi reducida ciencia.—Libre, franca, confiadamente me abandoné, pues, á todo el impulso de mi propia naturaleza, y en verdad os digo que desde aquel momento fuí tan dichoso como debió de serlo Adán en el Paraiso, ó como lo será el mártir y confesor despues de cerrar los ojos á esta vida...

#### Principió el Santo Sacrificio.

El Papa decia la Misa de cara al pueblo. Asistíale el Cardenal Amat, como Obispo Asistente, y el Cardenal de Silvestri, como Diácono Ministrante. Los Cardenales Ugolini y Marini eran Diáconos Asistentes, y monseñor Nardi, Auditor de la Rota, desempeñaba las funciones de Subdiácono Apostólico.

Sobre el Altar se veian cuatro Tiaras, dos de ellas de gran valor. Una era la regalada por Napoleon, tasada en 24.000,000 de reales. La otra, cubierta de brillantes, era regalo de la actual Reina de España.

El Papa cantaba la Misa con voz entera y vibrante cuanto melodiosa y tierna. A aquel acento conmovedor no respondia más música que el concierto de voces solas de la célebre Capilla Sixtina, cuyos tiples y altos, ocultos en una tribuna, acordaban sus cantos con tanta maestría, que parecian el eco de un instrumento celestial ó un coro de serafines de la Jerusalem Eterna.

Todas las ceremonias se hacian con ritodoble, ó sea en latin y en griego. Cantóse, pues, dos veces el Evangelio *In principio erat verbum*, etc., lo cual traia á mi imaginacion los primeros siglos de la Iglesia, las predicaciones de San Pablo y las obras de los Santos Padres de la Iglesia griega, que yo leí cuando estudiaba Teología.

En el momento de *alzár*, el Papa se hallaba en su Trono, á donde le llevaron la Hostia y el Cáliz.

El Sumo Pontífice los recibió arrodillado..., y en aquel momento volvieron á resonar en los aires las místicas trompetas.

Los dos Ejércitos que habia dentro del templo (el Francés y el Pontificio) rindieron sus armas con estrépito: la multitud se arrodilló: reyes y príncipes postráronse tambien de hinojos é inclinaron la frente: elevó el Papa la Forma y el Cáliz, y un sordo rumor resonó en las inmensas naves de la Basílica..., eco de cien mil corazones contritos, que, al golpe de otras tantas manos arrepentidas, confesaban tumultuosamente sus culpas.

¡Sublime y magestuoso instante! ¡Milagroso poder de la belleza! ¡Misteriosa revelacion de las excelencias del espíritu humano, producida por el concurso y fusion en una sola idea de tantas y tantas almas, incapaces por separado de remontar semejante vuelo!—¡Prodigios y tesoros del corazón, evocados por el arte y nacidos como naciañ las ciudades griegas al son de la lira de Orfeo!—¡Nobles facultades del espíritu, escondidas en él como la chispa en el pedernal!—¡Explosion de Fé; aspiracion á lo eterno; evidencia de Dios!

Yo me acordé del *Mortimer* de Schiller.

Despues de la Consumacion, el Padre Santo distribuyó el Pan Eucarístico á los Cardenales Diáconos y á los *Nobles legos*.

Entre los Cardenales ví adelantarse lento, severo, imponente, un hombre alto, jóven todavía, pálido y triste, de aire pensador y dominante, el cual se arrodilló como todos delante de Pio IX, y comulgó.—Era el cardenal Antonelli, el antagonista de Cavour.

Terminada la Misa y otras ceremonias, volvió á ocupar el Papa las andas, en las cuales fue conducido al Vaticano con la misma solemnidad que lo trajeron.

## VIII.

LOS TEATROS DE HOY.—LAS CATACUMBAS DE SAN SEBASTIAN.—EXCURSIONES Á TÍBOLI, FRASCATI Y ALBANO.—IGLESIAS Y PALACIOS.—EL PAPA EN LA CALLE.—FIN DEL AÑO.

Roma, 1.º d. Enero de 1861  
á las dos de la madrugada.

Ha pasado una semana desde que escribí mis últimos apuntes.

En ese tiempo he visto mil cosas que hubiera debido anotar; pero el mismo cúmulo y variedad de mis impresiones no me ha dejado tiempo ni tranquilidad para ello, y hé aquí que hoy, cuando me dispongo á realizarlo, no sé ya por dónde empezar; reconozco que es imposible recordarlo todo, y hasta tengo miedo de no decir nada en una forma inteligible.

Hace dos horas terminó el año de 1860, que ví principiar en Africa oyendo el estampido del cañon de los Castillejos. Es, por lo tanto, solemne la hora en que escribo estas líneas, cuya redaccion no he dejado para mañana por las tres siguientes razones:

Primera: porque, siendo hoy fin de año, me creo en el deber de cerrar, como si dijéramos, mis cuentas con lo pasado.

Segunda: porque no quiero confundir en mi imaginacion con ningun otro recuerdo las sensaciones que me produzca mi visita al Papa, de cuya Antecámara acabo de recibir la comunicacion que traduzco literalmente al castellano, y que dice así:

## DE LA ANTECAMARA PONTIFICIA.

VATICANO 31 DE DICIEMBRE DE 1860.

Se suplica la presentacion de este billete al llegar á la Antecámara.

*Se advierte que no se podrá ser admitido sino de uniforme; y si no se tiene, de frac negro, corbata blanca y zapato bajo.*

Se previene al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon que SU SANTIDAD se dignará admitirlo en audiencia el miércoles 2 de enero próximo á las once de la mañana.

EL MAESTRO DE CÁMARA DE S. S.

(Hay una rúbrica.)

Tercera: porque estoy vivamente impresionado con las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, y no quiero diferir su descripcion, ni escribirlas dejándome atrás otros sucesos.

Manos, pues, á la obra.

Comenzó el deseado *Carnavalone*, y con él la temporada cómica y lírica de *Roma*.

En el *Teatro di Apollo*, que es hoy el principal de la Ciudad Eterna, he visto un gran baile de espectáculo (de argumento y trajes turcos, y córte y música de Francia), tan pagano y deshonesto como los mejores de París ó de Milan; y á la noche siguiente, en el mismo coliseo, he oido cantar la *Traviata*, que aquí se da con el título de *Violetta*, por considerarse muy escandaloso el anunciar en las esquinas que ha habido una mujer *extraviada*.

Al *Teatro Valle* (segundo de la Opera) hemos asistido tres noches consecutivas todos los españoles residentes en *Roma*, á admirar en la *Sonámbula* á Madama Gassier, ó sea á la sevillana Pepa Cruz (que así se llamaba la distinguida artista antes de casarse con Mr. Gassier), la cual nos ha llenado de orgullo cada vez que el público la ha hecho salir á la escena entre aclamaciones y aplausos.—Mis amigos y yo ocupábamos una platea de proscenio, desde la que elogiábamos y victoreábamos á la cantatriz andaluza en el vivo y ardiente lenguaje *de la tierra*; y ha sido de ver la alegría, la emoción, la gratitud, el entusiasmo con que nuestra compatriota nos correspondia; como han sido de oír los diálogos que hemos cruzado con ella *sotto voce* desde el palco al escenario, á pesar de no tener todavía el gusto de tratarla.—Hoy la tratamos ya.

Otra noche he ido á la anunciada *Presa di Tetuan* en el teatro Albert.—Era tambien una sustitucion de nombre: lo que realmente se representó fué la conocida pantomima *Napoleon en Egipto ó la muerte del general Kleber*; pero, por no despertar un mal recuerdo á la guarnicion francesa, la habian disfrazado de *Toma de Tetuan*.—Los soldados del Papa, los héroes de Castelfidardo en carne y hueso, hacian en la escena una porcion de evoluciones que el público aplaudia con frenesí.—Y es que en

Roma, ciudad eclesiástica, el militarismo es el *summum* de la poesía en acción.—Como quiera que sea, tuve el gusto de ver sobre las tablas á O'Donnell, Ros de Olano, Prim, Zabala y otros respetables amigos míos, que me costó mucho trabajo reconocer, así como á Muley-el-Abbas, Muley-Hamet y una falange numerosa de infieles.

A muchos rarezas y sustituciones por el mismo estilo da lugar frecuentemente en los teatros de Roma el carácter clerical de las Autoridades Pontificas. Por ejemplo: los jueves acaban forzosamente las representaciones antes de la media noche, á fin de evitar la profanación del viernes.—Un día de vigilia, creo que víspera de San Pedro, anuncióse en el mismo Teatro Albert una comedia, traducida de un vaudeville francés, titulada la *Cena de los dos pollos*, comedia en que los actores fingien comerse aquellos dos volátiles; mas hé aquí que el señor Mateucci (*Monsignor Governatore*) encontró absurdo que ni por broma ó en apariencia comiese nadie pollos en un *giorno di magro*, é hizo cambiar el título de la pieza por el de *La cena de los dos besugos*.

Semejantes nimiedades son á veces demasiado significativas:—V. gr. En la *Norma*, se suprime el duo de tiples en que figuran los dos niños, por considerarse que una sacerdotisa no debe aparecer con hijos...—¿Es este un celo pagano trasnochado, ó es un escrúpulo *genealógico ó etimológico*... de ciertas instituciones?

Hay más... (aunque esto ya se justifica racionalmente): la *Lucrezzia Borgia* de Donizetti se representa en Roma con el título de *Elisa da Fosco*.—; Bueno es que se ignore un poco la historia, sobre todo por la plebe irreflexiva!

También comprendo que la acción de la *Favorita* se haya trasladado al Africa y que los personajes vistan el jaique en lugar del hábito.—Cuando no hubiera otras razones que la abonaran, todavía podría explicarse esta mutación como necesidad estética...—Recuérdese lo que dije más arriba hablando de las evoluciones que hacen las tropas en la escena entre un diluvio de aplausos.—Pues bien; por la misma razón que es interesante en Roma la milicia, dejan de serlo los frailes. Lo poético debe ser peregrino: lo que se ve con frecuencia no se presta á las ilusiones de la fantasía.

Y esta es la ocasión de decirlo, por si no se me presenta otra mejor: en Roma hay (lo copio de una Estadística) alrededor de 40 Obispos; 1,835 Sacerdotes; 2,474 Religiosos; 1,657 Seminaristas y Colegiales; 2,032 Religiosas, y 2,613 Pensionistas en los conventos y orfanatos. Las Congregaciones de Religiosos (que ascienden á 55 y que reúnen el número de frailes arriba expresados) se dividen en: Basilios, 1; Benedictinos, 21; Camaldulenses, 20; Cartujos, 17; Monges de vallembreuso, 8; Cistercienses, 39; Olivetanos, 15; y Armenios, 1.—Las Ordenes mendicantes tienen: 172 Dominicos; 211 Menores de la observancia; 136 Reformados; 41 Alcantarinos; 89 Conventuales; 196 Capuchinos; 23 Carmelitas de la antigua observancia; 79 Carmelitas descalzos; 57 Servitas; 5 de la Mer-

ced; 70 Trinitarios; 36 Mínimos; 21 Gerónimos y 29 Penitentes. Canónigos y Sacerdotes regulares hay: 27 Canónigos de San Juan de Letran; 14 Teatinos; 28 Bernabitas, 32 Somascos; 289 Jesuitas; 20 Clérigos regulares menores, 48 Hospitalarios; 19 Padres de la Madre de Dios; 48 Escolapios y 40 Religiosos de San Juan de Dios.—Total, 10,101, sin contar los Cardenales.

Pero volvamos á mi historia de estos días.

El primer recuerdo que acude á mi imaginacion es el de las *Catatumbas*, cuyo nombre solo estremece á todo cristiano.

Ya he dicho que la *Basilica de San Sebastian* se levanta en las afueras de *Roma*, dos millas al Sudeste de la Ciudad, en un melancólico desierto sembrado de ruinas. La Iglesia fue construida el año de 367, sobre el cementerio del Pontífice-Mártir San Calisto, y restauróse tal como hoy se encuentra á mediados del siglo XVII.

Cuando hube recorrido toda la Iglesia, vino á mí un Fraile de alguna edad y de ascético semblante, y se brindó á guiarme por las *Catatumbas*. Yo le argüí con la molestia que le causaria. El me replicó que era su deber y su mayor gusto conducir á los cristianos en aquella sublime peregrinacion.—Acepté.

El Religioso me llevó á la *Capilla* de San Sebastian: allí encendió dos velas, de las cuales me dió una, y, abriendo una puertecilla en que yo no habia reparado, situada á la derecha del Altar, se santiguó devotamente y pasó delante de mí.

Bajamos muchas tenebrosas escaleras, respirando un aire húmedo que oprimia el corazon.—Pronto llegamos á una Galería, semejante á las de las minas, abierta en una materia volcánica sumamente densa, y empecé á ver, á un lado y, otro y sobre mi cabeza, Nichos, Lápidas, Sepulcros, Losas hacinadas...—Anduvimos mucho tiempo de una galería en otra: á veces teníamos que bajar de nuevo...—Ya debíamos de estar muy distantes del haz de la tierra...—De vez en cuando penetraba, por sinuosos agujeros abiertos en la bóveda, algun ténue rayo de la luz del cielo.—Por lo regular, la galería era tan estrecha, que apenas hubieran podido marchar por ella dos hombres de frente; pero de trecho en trecho se encontraba alguna plazoleta, punto de coincidencia de muchas galerías. Allí era la bóveda más alta, y allá arriba se abrian otros corredores, á los que se subia por escaleras talladas en la roca...—Eran otros pisos de la *Catacumba*, la cual en ocasiones tiene hasta cinco ó seis.

Pronto perdí por completo la idea del camino que habia llevado, del lugar en que me hallaba, de cuánto habia bajado y de la direccion que seguia.—Aquello era un laberinto interminable.—Y sin cesar, y en todos lados, veia tumbas y más tumbas, lápidas y más lápidas, de todas formas, de todos tamaños, ora en el suelo, ora en el techo, ya á los lados del sinuoso camino, ya en medio de las plazoletas.—A veces acercaba la luz á aquellas sepulturas, y leia indistintamente Epitafios cristianos ó gen-

tiles, ó veía rarísimas obras de arte, Estátuas deformes de los primeros siglos de la Era vulgar, graciosos Bajo-relieves paganos, Frescos de la Edad Media, Urnas cinerarias. — Sobre algunas losas estaba grabado el instrumento que simbolizaba el oficio ó profesion que habian ejercido los séres allí enterrados; ora un cincel, ora una esteva, ora una espada, ora unas tenazas, ora un martillo...

El Fraile (que iba delante de mí y á gran distancia) se paraba de tiempo en tiempo y me señalaba el lugar en que habia sufrido el martirio tal ó cual Papa ó tal ó cual Santo; ó me mostraba un sepulcro vacío... Y nos santiguábamos, y seguíamos; y el Religioso desaparecia por aquellas misteriosas revueltas, y yo me perdía á cada momento, y lo llamaba angustiado; y él se detenía, hasta que me dejaba ver á lo léjos el resplandor de su vela.

Así caminamos tres horas en todas direcciones, sin pasar dos veces por un mismo sitio. Llegué por último á una plazoleta, donde habia una Capillita, cerca de la cual se habia sentado el fraile.—Por todos lados se abrian nuevas galerías...

—Esto no tiene fin (me dijo mi piadoso cicerone). Cuando usted quiera, saldremos.

—¿Y por dónde?

—Usted saldrá por una escalera que hay cerca de aquí, y se encontrará próximo á una Puerta de *Roma*. Yo volveré sobre mis pasos hasta llegar la Iglesia.

Antes de separarme del Religioso, hablé largamente con él acerca de las *Catacumbas*, y supe que está ya probado, con irrecusables testimonios, que no fueron escavadas por los primeros cristianos, como han supuesto algunos autores. Las *Catacumbas* son las canteras de donde se estuvo sacando piedra y arena durante diez siglos para la edificacion de *Roma*.—Así consta de poetas é historiadores anteriores á Jesucristo.—Lo que aconteció luégo fué que los Cristianos, perseguidos por los Emperadores, se refugiaron en aquellos subterráneos, los pusieron en comunicacion entre sí, los ensancharon en ciertos parajes, é hicieron de ellos su vivienda y su cementerio.

Todavía no se han descubierto todas las *Catacumbas*, que, al decir de los arqueólogos, sumaban una longitud de trescientas leguas (¡tan complicadas y revueltas son sus calles!) ¡y seis millones de Sepulcros!—Los Emperadores, en su ódio á los sectarios de la nueva Ley, cegaron ó tapiaron algunas galerías, dejando enterrados vivos dentro de ellas á millares de cristianos, que murieron allí de hambre; y otras veces ocurrió que anduvieron persiguiéndolos muchos dias por debajo de *Roma*, sin poder dar con ellos, pues se pasaban de un laberinto á otro, obstruyendo las galerías que dejaban á la espalda.—Por todo ello se les conocia con el nombre de *lucifuga natio* (gente que huye de la luz).

Después de los Antoninos abolióse en *Roma* la costumbre de quemar los cadáveres y de guardar las cenizas de la manera que hemos visto en

los *Columbarios*, adoptándose la inhumacion al uso de los Cristianos. Entonces las *Catacumbas* empezaron á ser el Cementerio general de Roma, al par que el asilo de los fieles.—Así se comprende que anden tan revueltas en aquellas oscuras galerías las sepulturas gentiles y las cristianas, hasta el punto que en una misma losa se lee por un lado el epitafio de un romano, adorador de Júpiter, con su leyenda: *Diis manibus*, y por el lado opuesto, el epitafio de un amante de Jesús.

Por lo demás, considero innecesario referir las emociones que han agitado mi alma en aquel lugar sacrosanto.—Allí nació la Iglesia: aquellas Tumbas son el cimiento del vasto Edificio que hoy cubre todo el universo. Allí estuvo enterrada la semilla del Catolicismo. Allí fué minado por su base el mundo pagano. De allí salió la nueva, la única, la verdadera civilizacion. ¡Allí veía el alma las primeras ceremonias de nuestra Fé! ¡Allí las predicaciones á los neófitos! ¡Allí la eleccion de los Papas! ¡Allí el martirio y la canonizacion de los Confesores! ¡Allí la tumba de los Santos! ¡Allí las cenizas de aquel caritativo Ejército que, armado de la paz, luchó con el formidable Imperio, hundió los altares de la Gentilidad, venció con su constancia á los más fieros Tiranos y acabó por salir de la tierra y enseñorearse de los alcázares y de los templos de la Ciudad Reina del orbe, que los habia estado agobiando tantos años bajo su ominosa pesadumbre!—La Basílica de San Pedro, el Vaticano, el Sumo Pontífice en la plenitud de su doble magestad, la grandiosa ceremonia que habia presenciado el día de Pascua; todo aquel poder, toda la autoridad triunfante que domina hoy sobre Roma, habian salido de aquellas cavernas.—Lo esperaron los cristianos; lo anunciaron desde el primer día, y lo consiguieron al fin. ¡Y la Cruz, labrada penosamente en las lóbregas entrañas de la tierra, regada con sudor, con lágrimas y con sangre, se levanta hoy sobre las siete colinas de Roma, sobre todos sus Templos, sobre todos sus Obeliscos, sobre todas sus Columnas, sobre cuatrocientas Iglesias, sobre el altivo Capitolio!

.....

Cuando sali de las *Catacumbas* é hirió mis ojos la luz del cielo, y me encontré solo en medio del campo, y miré en torno mio, y no ví más que la superficie de la tierra, muda, insensible, indiferente..., me pareció que habia soñado con aquel mundo subterráneo, con aquella ciudad fúnebre, con aquel tenebroso, inconmensurable templo.

Al día siguiente de esta excursion, emprendí otras mucho más largas (como que empleé en ellas dos días) á *Tivoli* y *Albano*, pueblecitos preciosos, situados casi á igual distancia de *Roma* (cuatro ó cinco leguas), pero en opuesta direccion, y á la falda de los montes que limitan al Sur y al Este la campiña romana.

Los dos son muy interesantes bajo el punto de vista histórico, por los monumentos y ruinas que encierran y por su pintoresca situacion.

Para ir á *Albano*, se pasa por entre los escombros de la antigua ciudad

de *Bovilia*, por mil otros restos de Quintas y de Acueductos, por Tumbas solitarias y por grandiosas ruinas de colosales Mausoleos.

*Albano*, situado á mucha altura sobre la campiña romana, oreado por saludables brisas, con su abundante vegetacion, sus monumentos antiguos y su gracioso Lago, es, como *Frascati*, uno de los refugios de la aristocracia de *Roma* durante los calores del estío, y goza de gran celebridad en toda Italia por la hermosura de sus mujeres, aumentada, ó más bien puesta de relieve, merced á su elegantísimo traje, que se compone de saya encarnada, corpiño negro, toca blanca y una exorbitante profusion de zarcillos, collares y sortijas.

Nota: De *Albano* son la mayor parte de los *modelos* que han servido en todos tiempos á los pintores y escultores de *Roma*.—No es, pues, extraño encontrar en aquellas campesinas los nobles rostros de las Estátuas más famosas ó de las *Madonnas* más celebradas.—Yo habia reparado ya en esto al ver en los *estudios* de mis amigos á varias albanesas de las que, por *escudo* y *medio*, pasan todo el dia mostrando los tesoros de su hermosura á los ávidos ojos de los artistas, mal envueltas, ora en el manto, ora en la clámide, ora en la túnica nazarena, cuando no desnudas como *Psiquis* y *Venus*, colocadas siempre en interesantes actitudes, ya tendidas en divanes de terciopelo negro, ya abrazadas á la Cruz como la *Magdalena*, ya erguidas como *cariátides*, ya reclinadas en la lira ó en la esfera, para representar á *Safo* ó á la musa *Urania*.

*Tivoli* no es menos delicioso que *Albano*, y lo sobrepuja en importancia artística é histórica. *Tivoli* era el *Versalles* de los antiguos romanos, donde todos los hombres ilustres iban á descansar de las luchas civiles en el seno de los placeres.

Antes de llegar á aquella otra *Capua*, se encuentra la *Villa de Adriano*, en la cual este emperador habia tratado de reproducir todos los monumentos que habia admirado en sus largos viajes, y sobre todo en *Grecia*, levantando en medio de ellos un magnífico Palacio.—De todo esto sólo quedan los cimientos y algunas preciosidades que aparecen de vez en cuando á fuerza de tenaces escavaciones.—El bárbaro *Totila* fue el encargado de destruir aquellas maravillas, con cuyos mármoles destrozados hicieron despues cal los albañiles de la Edad Media.

En *Tivoli* se conservan muchas señales de las *villas* de *Salustio*, *Horacio*, *Propercio* y *Catulo*.—Allí se admira aún, bien que ruinoso, el célebre *Templo de la Sibila*.—Allí se ve la extensa planta de la *Villa de Mecenas*, en la que todavía quedan de pie arcos y columnas de una belleza imponente.—Allí, por último, conmueve fuertemente el corazon de todos los amantes de las Letras la *Casa de la Sabina de Horacio*, enclavada ya en los Montes de la *Sabinnia*, y de la que sólo queda el sitio, demarcado por los nombres de algunos parajes que el poeta cita frecuentemente en sus inmortales obras.

Nada diré de las muchas y muy notables *Quintas* modernas que ha levantado la aristocracia de la *Roma* papal sobre las venerables ruinas

mencionadas. *Tivoli* (baste saber esto) sigue siendo una mansion de delicias; como los patricios romanos son todavía muy semejantes á los satirizados por Luciano y Juvenal.

Tambien he estado en *Frascati*, á donde se va en camino de hierro. Allí he visto muchas *villas* lujosísimas, donde veranea la aristocracia clerical de *Roma*, mientras el Papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*, que he distinguido á lo lejos, en la márgen occidental del *Lago de Albano*.

Cerca de *Frascati* se hallan las Ruinas de *Túsculo*, antiquísima ciudad, arrasada por los romanos en el siglo XII.—Caton era natural de *Túsculo*.—Allí tenia tambien Ciceron su Casa de campo favorita.—Hoy sólo hay que admirar en aquellos lugares, aparte de los escombros, un Convento de Camaldulenses y las hermosas vistas que desde él se disfrutan.

De vuelta en *Roma*, he pasado todos estos últimos dias visitando Iglesias y Palacios.

En cuanto á las *Iglesias*, no mencionaré sino aquellas en que he admirado obras de arte notabilísimas.—Citarlas todas fuera imposible.—Roma encierra cerca de cuatrocientas.

La primera que acude á mi imaginacion es *San Juan de Letran*, silla del Patriarcado romano, de la cual se ha dicho que «si el Papa es en *San Pedro* el soberano Pontífice, en *San Juan de Letran* es el Obispo de Roma.»—Y, en efecto, los papas, despues de su eleccion, vienen á esta ilustre Basílica á tomar posesion del Obispado de la Ciudad Eterna.

*San Juan de Letran* fue construido por Constantino, cuya *Eslátua colossal* adorna el fondo del Pórtico. El Templo ha sido restaurado muchas veces; pero siempre conservando en lo posible la edificacion antigua, á tal punto, que las primitivas columnas están como incrustadas en los macizos pilares levantados en tiempo de Inocencio X.

En la Plaza que lleva el nombre de la Basílica, se ve el más grande *Obelisco* de Roma, procedente de Heliópolis, y trasportado aquí por orden de Constancio en un barco de 300 remeros.

En la fachada principal del Templo se lee la famosa inscripcion: SACROSANTA LATERANENSIS ECCLESIA: OMNIUM URBIS ET ORBIS ECCLESIRUM MATER ET CAPUT. (Sacrosanta Iglesia de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias de la Ciudad y del Mundo.)

La situacion de *San Juan de Letran*, en un extremo deshabitado de *Roma*, cerca de las murallas, y en una altura que domina las Montañas de la Sabina y del Lacio, los viejos Acueductos y la extensa campiña romana, contribuye á darle magestad y belleza á aquel insigne monumento del Pontificado.

Como arquitectura, la Iglesia es más notable por su grandor que por su grandeza, y más por su lujo que por su primor artístico; pero, con todo, sorprende y hasta impone al primer gólpe de vista, especialmente

cuando se penetra en el interior y se ven de pronto sus cinco espaciosas naves y los diez gigantescos Arcos que dan entrada á las Capillas.

Sobre uno de los pilares se halla una *Pintura* de Giotto, que representa á Bonifacio VIII proclamando desde lo alto del balcón de San Juan de Letran el Jubileo de 1300.—El grande artista retrató entre la muchedumbre á su insigne amigo el Autor de la *Divina Comedia*

Al Norte de la Iglesia, y ya sobre la *Plaza de San Juan*, se encuentra la famosísima *Scala Santa*, que ningun cristiano que visita á Roma deja de subir de rodillas, por creerse tradicionalmente que sus veinte y ocho peldaños de mármol blanco pertenecieron á la escalera del Palacio de Pilatos en Jerusalem.—Una vez arriba, se baja, en la forma ordinaria, por cualquiera de las cuatro escaleras laterales que se apoyan en aquel venerable monumento.

Yo hice lo que todos.—Dios me lo tome en cuenta.

Tambien merece especial mencion entre las Iglesias de Roma, la nueva *Basilica de San Pablo*, inaugurada por Pio IX, en 1847, sobre el lugar que ocupaba otra fundada por Constantino y devorada por un incendio en 1823.—La *Basilica de San Pablo*, situada en las afueras de la Ciudad, es indudablemente asombrosa por sus proporciones, por el lujo de sus mármoles, por sus columnas gigantescas de una sola pieza y por otras circunstancias; pero, á mi juicio y en opinion de la generalidad de los viajeros, carece de armonía, de expresion, de belleza.

Recuerdo asimismo á *Santa Croce in Jerusalemme*, erigida por Santa Elena, ¡por la madre de Constantino!...—En esta insigne Iglesia he visto muchas y muy curiosas Reliquias.—Bien que, en punto á Reliquias, *Roma* no tiene igual. Yo he visto estos dias la *Vara de Moisés*, que se conserva en San Juan de Letran; la *Cabellera de Jesucristo*, que se enseña en *Santa Maria la Mayor*; las *Mantillas* del niño Jesus y su *Retrato*, hecho á los doce años; varios *Retratos de Virgen pintados por San Lucas*; la *Mesa en que cenó Cristo con los Apóstoles*; la *Piedra en que los soldados jugaron los vestidos del Salvador*, y, finalmente, la *Tablilla* que colocó Pilatos sobre la Cruz, y en la cual se lee todavía (yo lo he leído): *Jesus Nazarenus, rex judæorum*.

A este tenor hay en los templos de Roma centenares de miles de Reliquias...—Hablemos, pues, de otras cosas.

En *San Agostino*, Iglesia célebre por la mucha devocion que inspira una *Madonna* de Sansovino que se venera allí, y por los millares de ofrendas ó *ex-votos* de plata y oro y pedrería que revisten su Santuario, he visto el famoso *Isaias* de Rafael, pintado al fresco en el estilo de Miguel Angel.

En *San Gregorio* merecen especial mencion dos frescos ejecutados en competencia por Guido Reni y el Dominiquino, que representan la *Adoracion de la Cruz por San Andrés*, y la *Flagelacion* del mismo Santo.

En *Santa Maria della Pace*, hay otra creacion notable de Rafael,

*Las Sibilas*, tambien en el estilo de Miguel Angel; pero muy superior, en concepto de los críticos, á las obras de este último artista.

En cambio, en *San Pietro in Vinculi*, luce el inmortal Buonaroti todo su ingenio con su justamente renombrado *Moisés*.—¿Quién no ha oido hablar de esta grandiosa Estátua? ¿Quién no la ha visto mil veces, copiada por el grabado ó la fotografia?—Yo no diré más sino que, mirando á aquel gigante de mármol, he recordado con toda su viveza la impresion de respeto, de veneracion y de susto con que leí por primera vez el Pentateuco.—El *Moisés* de Miguel Angel es á un mismo tiempo el valeroso caudillo del pueblo de Israel, el gran Legislador hebreo y el Sumo Sacerdote que sintió pavor en el Sinai...—; Cuánta grandeza, cuánta inspiracion en aquella colosal figura!

Aun despues de conocer estas maravillas, he ido una vez y otra á *Santa Trinita de Monti* á contemplar extasiado el *Descendimiento de la Cruz*, cuadro de grandes dimensiones, dibujado por Miguel Angel y pintado por Daniel Volterra, de cuya obra han dicho muchos artistas que es la más bella del Renacimiento, sin excluir la celebérrima *Transfiguracion* de Rafael.—Yo no he visto todavía la *Transfiguracion*; pero mañana la veré, si Dios quiere.

Los *Palacios* particulares de Roma no brillan por su mérito arquitectónico, si se exceptúan el de *Venecia* (construido por la antigua Señoría y residencia hoy del Embajador de Austria), notable por su aspecto feudal, esencialmente florentino; el *Palacio Massimi*, de exquisito gusto, y el *Palacio Farnesio*, que pasa por el más acabado del Renacimiento.—Los restantes son grandes y hermosas casas de piedra, y nada más.—En cambio, encierran Cuadros y Estátuas de primer orden.

Prescindiendo ahora del *Vaticano*, en donde no he estado todavía (pues quiero entrar allí por primera vez cuando vaya á visitar al Papa), las obras que más me han sorprendido en los *Palacios* de *Roma* son las siguientes:

En la *Galeria Barberine*, una *Fornarina* de Rafael, inferior á la que ya conocemos, y la célebre *Beatrice Cenci* de Guido Reni, admirable por su tierna expresion, en que se revela todo el negro destino de aquella hermosa cuanto infortunada niña.—Tambien debe visitarse la *Biblioteca* del Palacio, que consta de 50,000 volúmenes.

En la *Galeria Borghese*, que se compone de doce Salas, y que es una de las más ricas de Roma, se admira una *Leda*, obra de un discípulo de Vinci;—un *César Borgia*, por Rafael;—algunos cuadros del divino pintor, repeticiones de otros que ya conocemos;—la famosa *Sibila de Cumas*, de Dominiquino, (artista que voy venerando cada vez más);—una *Danae* de Corregio;—la *Caza de Diana* (por el Dominiquino), cuya hermosura sorprende mucho en un pintor tan sobresaliente en los asuntos místicos;—y *El amor sagrado y el amor profano*, representados por dos mujeres hechiceras, sentadas al lado de una fuente, vestida la una con un magní-

fico traje, la otra completamente desnuda, y ambas, en mi concepto, de igual manera profanas ó mundanales, á tal punto que nadie adivina cuál sea el amor celeste y cuál el amor terreno.—Aquella obra, magistral á pesar de todo, es una de las glorias de Ticiano.

En la célebre *Farnesina* (antigua *Villa Chigi*), situada á la orilla derecha del Tiber y perteneciente hoy al defensor de Gaeta; en la misma *Farnesina* donde el banquero Chigi dió al papa Leon X aquel famoso banquete en que la vajilla (toda de oro y plata) se iba arrojando al rio segun servia (sin perjuicio de ser sacada á la noche siguiente, mediante una red tendida de antemano); en la *Farnesina*, digo, he contemplado con verdadero éxtasis los renombrados *Frescos* de Rafael, y, sobre todo, el nunca bien ponderado *Triunfo de Galatea*, uno de los primeros asombros del arte, en que no se sabe qué admirar más, si la hermosura humana de las figuras, ó la grandeza olímpica de la composicion.—Si en Roma pudiera detenerse uno largamente delante de alguna obra, cuando hay tantísimas de primer órden, describiria, con la detencion que he empleado durante mi viaje en obras de menos mérito, todos los alardes de genio, de erudicion y de talento que ha hecho Rafael en la *Farnesina*. Sólo diré que, ó el pintor de Urbino habia visto, como creen algunos, *Frescos* y *Bronces* de la Antigüedad por el estilo de los que se descubrieron bajo escombros y cenizas algunos siglos despues, ó entre sus inspiraciones cristianas, que le hicieron entrever el Cielo tantas veces, tuvo un dia la inspiracion, la *intuicion* por mejor decir, de la belleza clásica, y se le revelaron todos los prodigios de ornamentacion del gusto pompeyano.

En la *Galeria Campana* (que por cierto está de venta) son de admirar los *Vasos Etruscos* y los *Bronces griegos* que encierra.

En la *Galeria Colonna* llaman más la atencion los *Paisajes* de Poussin y de Claudio de Lorena que las composiciones de Guido Reni y de Pablo el Veronés; pero no más que un *San Gerónimo* de nuestro Ribera.

En la *Galeria Corsini* me enorgullecí mirando una *Virgen* de Murillo, digna ciertamente de nuestro gran pintor.—La *Biblioteca* de este Palacio, abierta al público, encierra 4,300 manuscritos y 60,000 volúmenes.

En la *Galeria Doria Panfili* hay otra obra española de mayor mérito aún, y que eclipsa todas las demás que allí se encuentran.—Tal es un *Retrato de Inocencio XI*; de aquel severo Pontífice que empezó por soldado raso y acabó por tener en respeto á la Francia de Luis XIV. El retrato ocupa uno de los lados del hueco de un balcon, en una especie de gabinete ó tribuna, donde hay un divan dispuesto para que se admire con reposo aquella obra maestra de la pintura española.—Conoceis á Velazquez: sabeis que infundia vida al lienzo.—Imaginad, pues, á aquel gran Papa resucitado, con su carácter violento, con su férrea virtud, con su tremenda austeridad; tal como era, en fin, y tendreis idea de aquel cuadro, que en verdad, en verdad, causa miedo.

Por último, en la *Galeria Farnesio* he visto los renombrados *Frescos* de Anibal Carracci, quien, ayudado de su hermano Agustin, del Domini-

quino y de Guido Reni, dejó allí el más grande testimonio de su genio en varias escenas mitológicas que casi compiten con las que hemos admirado en la Farnesina.

Todas estas *Galerías* están abiertas al público ciertos y determinados dias, mediante una mezquina retribucion (cuatro ó seis reales) que hay que pagar á la puerta de cada una.—No es tal industria muy digna de príncipes romanos; pero, en cambio, les proporciona al año una renta de 8 ó 10,000 escudos.

Dejo indicado cuanto he visto durante la última semana; pero, por regla general, á la descripción de esos portentos fáltale color y vida, así como el acompañamiento de mil menudas circunstancias, en cuyo estudio se complace el observador y que forman lentamente sus opiniones y determinan sus afectos.—La entrada en cada Palacio y en cada Iglesia; las conversaciones con *ciceroni* y conserges; los encuentros con grandes señores en las escaleras de sus Palacios; el monólogo diario de la prensa pontificia; lo que siente y dice el público en los teatros; la cara con que el trasteverino mira al soldado francés; el desprecio de los franceses hácia los romanos; mis observaciones en las tiendas, en los mercados, en las oficinas de la policía (á donde tengo que ir de tiempo en tiempo á pagar un nuevo permiso para seguir permaneciendo en Roma), en las puertas de los templos, en los cafés y en los *restaurants*: mis diálogos con los cocheros; mi amistad con los Padres españoles de Monserrate; todas estas cosas y otras muchas más que han depositado en mi corazón y en mi cabeza un tesoro de impresiones, de ideas, de datos y hasta de secretos, deberían figurar en estos apuntes; pero fuera hacer mi trabajo interminable, sin contar con que yo respeto demasiado á *Roma* para meterme en honduras ni entrar en ciertos dibujos.

Viniendo, pues, al dia de hoy y á las escenas á que he asistido esta tarde y esta noche, fuerza es que os supongais conmigo en la Plaza de *Gesu*, á la que llegué por casualidad á eso de las cuatro, y donde una inmensa muchedumbre, dos apretadas filas de tropa que formaban calle desde la puerta de la *Iglesia de Jesus* hasta la Plaza de Venecia, las colgaduras que adornaban los balcones y las elegantes damas asomadas á ellos, me indicaron desde luego que allí ocurría ó iba á ocurrir algo muy extraordinario.

Pronto me sacó de dudas una matrona romana, más ó ménos patricia, que defendía á sus dos hijos contra las oleadas populares, y á la cual le pregunté la razón de aquellos preparativos.

—Se espera al Padre Santo (me dijo), quien vendrá, como último dia de año que es hoy, y segun antigua costumbre, á cantar en la Iglesia de los padres Jesuitas un solemne *Te-Deum* en accion de gracias por la feliz terminacion de 1860.

Las filas de tropa que formaban la susodicha calle pertenecian á la guarnicion francesa, y además se veian entre la multitud infinidad de sol-

dados franceses sin fusil, que aprovechaban sus horas de huelga en ver una vez más al Papa.

Los galos de la formacion, ó sea los galos armados, daban fuertes culatazos á los descendientes de Bruto, cada vez que se conturbaba aquel mar humano; y los galos inermes insultaban y atropellaban al pueblo hasta que conseguian apoderarse de los primeros puestos, quitándoselos á los que, por haber llegado antes, los ocupaban legítimamente.—Los pobres romanos sufrían tanto vejámen sin murmurar.

Sabido me tenia yo que no hay nada tan despreciable á los ojos de un soldado francés como un ciudadano romano; pero, si no lo hubiese sabido, me habrían convencido de ello aquel repugnante espectáculo y el siguiente lance que ocurrió muy cerca de mí:

Un sargento, de aire insolente, condecorado con las medallas de Crimea y de Italia, se encontró mal en segunda fila, á donde habia llegado á fuerza de puños y miradas amenazadoras, y, apartando entonces desenfadadamente al último que le estorbaba, pasó sin mirarlo y se plantó delante de él.

El despojado no se alteró; cogió al francés por un brazo, y lo colocó á su espalda.

—¡Caballero! exclamó el sargento, echando fuego por los ojos.

—¿Que hay? respondió el otro en mal francés.

—¡Me ha quitado usted la primera fila!

—No, señor. Usted es el que me la habia quitado á mí.

—Bien; ¡pero yo soy francés!—gritó con énfasis el militar.

—Y yo soy español,—replicó tranquilamente el paisano.

Aquí hubo un momento de silencio, en que ambos interlocutores cruzaron una mirada por primera vez.

—Perdon, caballero (dijo el sargento, haciéndose atrás). *Yo creí que era usted italiano.*

El español se encogió de hombros; miró con lástima á los romanos que habian oido impasibles tamaño insulto, y, como si le hiciera daño aquella atmósfera de bajeza, se alejó y colocóse en otro lugar.

En esto la ansiosa agitacion de la muchedumbre anunció la llegada de algun personaje ilustre; quizás la del mismo Papa.

Hasta entonces sólo habian pasado por entre las filas de bayonetas diez ó doce Cardenales en sus grandes coches, cuyos lacayos iban provistos, ó por mejor decir, llevaban á la mano unos gigantescos paraguas rojos, no porque amenazase lluvia, sino porque los tales paraguas, que me atreveré á calificar de monumentales, forman parte del adorno de los carruajes de los Príncipes de la Iglesia.

El pueblo habia ido nombrando á los *monsignores* uno por uno, con marcadas muestras de temor y veneracion.

La persona que entonces llegaba, era la Reina Cristina, acompañada de su familia y de su servidumbre.

Por cierto que un soldado francés le preguntó á otro:

—Dime: ¿Cómo es que está aquí la Reina de España?

—Porque ahora hay allí República, respondió el interpelado sin vacilar.

Después de la Reina Cristina, llegaron á *Jesus* la Reina Madre de Nápoles, los Hermanos de Francisco II y muchas otras personas principales de las que ví en *San Pedro* el día de Pascua.

Por último, notóse más viva agitación en la multitud; escucháronse gritos á lo lejos; agolpóse mucha gente á los balcones; agitáronse las damas sus pañuelos; sonaron las bandas militares; presentó la tropa las armas; abriéronse las puertas del Templo; salió de él una gran comitiva, que se formó en el atrio para recibir al Padre Santo; oyéronse los vivas más cerca; descubrióse la muchedumbre que inundaba la Plaza; arrodillóse mucha gente; empezaron á aparecer carruajes pontificios, de los que se fué apeando la alta servidumbre del Papa; hasta que por último apareció el coche en que venia Pio IX.

Los vivas y los aplausos atronaron el aire. Por todas partes no se veía más que pañuelos flotantes y sombreros levantados por alto... Y la música tocaba una marcha magestuosa, y el coche adelantaba lentamente, y dentro de él veía yo ya al Sumo Pontífice, vestido sencillamente, con hábitos blancos y sombrero pastoral del mismo color.

A pesar de este traje y de las bendiciones con que contestaba á los saludos del pueblo, ni por un momento consideré hoy á Pio IX por el prisma de su potestad eterna. Y era que me acordaba de cuando lo vi en *San Pedro* con todo el aparato del Gran Sacerdote. Hoy la escena era muy distinta: en lugar de las andas, el carruaje; en vez de las trompetas místicas, la banda militar; donde entonces un ejército de Obispos, ahora la fuerza armada; ayer oraciones y golpes de pecho; hoy vítores y palmas...—No: esta tarde no veía al Pontífice; veía al Rey.

—¡Viva el *Pontífice-rey!* gritaba al mismo tiempo la turba, como respondiendo á mis ideas.

Y no hubo más: el Papa se apeó y penetró en la Iglesia: la multitud se apiñó en su seguimiento, atropellando á su vez á la tropa: yo consideré imposible abrirme paso hasta la puerta del Templo, y, como empezase á anochecer y me esperaran en otra parte, me dirigí hácia el *Corso* por la Plaza de Venecia, dándole vueltas en mi imaginación á todo lo que acababa de observar.

Finalmente, esta noche, á eso de las once, la tertulia española del *Café Grecco* se ha reunido á cenar en la famosa *Trattoria de Lepre*.—Caballero y yo habíamos sido invitados.—Se trataba de despedir el año de 1860 y saludar el de 1861.

Allí estaban todos los artistas y viajeros que te nombré el otro día. Afectuosos brindis se han cruzado de un extremo á otro de la mesa, siendo el primero de todos, y el más aplaudido, uno concebido en estos sencillos términos:

—¡A nuestra querida España!

Cuando dieron las doce de la noche, todos nos pusimos de pie.

—¡Año nuevo! (exclamamos, levantando las copas). ¡A la salud de nuestras familias!

Había allí jóvenes que están ausentes de la patria hace tres y cuatro años. La emoción era inmensa: la solemnidad gozosa de aquel momento presentaba intervalos de infinita tristeza, de silenciosa melancolía...

—¡Por el Arte! ¡Por el logro de nuestras esperanzas! exclamaban los desterrados.

¡Por el Arte!—¡El Arte era su verdugo y su consuelo; su faena y su descanso; su cruz y su alegría!...

Algunos momentos despues nos despedíamos y separábamnos en la *Via Condotti* con no sé qué afectuosa seriedad, presagio de una noche de amargas cavilaciones, diciéndonos, no muy confiadamente por cierto:

—¡Buen año! ¡Feliz año! ¡Muchos años!

¡Los años!...—Yo dejo aquí la pluma para pensar en ellos, en tanto que acaba de amanecer el primer día de 1861.

## IX.

### VISITA AL PAPA.

Roma 2 de enero de 1861.

Quien quisiere formarse idea de lo que yo habré pensado y sentido esta mañana al despertar, al vestirme y al emprender el camino del *Vaticano*, acuérdesese de las emociones que lo agitaron cada vez que salió de su casa para ir á confesar.

Igual temor, igual respeto, igual recogimiento. No pensaba; sentía. Todo lo que habia meditado y leído en mi corta vida, se me habia olvidado como por encanto. Era otra vez niño. Experimentaba con una viveza indefinible las mismas sensaciones que agitaban mi alma cuando todo era maravilloso para mí sobre la tierra. Había soñado; habia delirado; y despertaba de pronto en el umbral del templo en que recibí el agua del Bautismo; y me encontraba con mi corazón de entonces; y lo reconocía como se reconoce á un hermano que ha viajado largo tiempo; y veía abrirse ante mis ojos los dos simbólicos caminos, de los cuales el uno conduce á la salvacion y el otro á la perdicion eterna.

Tal es el hombre. Edificad quiméricos alcázares sobre el cimiento enterrado en su corazón por sus padres y maestros... Llegará un día de prueba—el día del dolor, el día de la felicidad ó el día de la muerte,—y se hundirán los fantásticos edificios, y encontrareis inmóviles en su asiento las primeras creencias de la infancia.

En tal disposicion de espíritu, yo no consideraba esta mañana más que una cosa; que iba á cruzar mi palabra pecadora con la que abre ó cierra

las puertas del Cielo, con la Palabra que castiga ó perdona, que ata ó desata, que excomulga ó dispensa, que condena ó redime...

Y, como soy malo, tenia miedo.

A medida que avanzaba hácia el *Vaticano*, nublábanse más y más mi entendimiento y mi memoria, y relucia con mayor brillo en mi razon aquella Potestad suprema á cuyos pies iba á arrojarme.

Pensad—vuelvo á deciros—en lo que experimentais al ir á confesar.

Yo no iba á confesarme con el Papa: iba á cumplir un deber de cristiano peregrino. Tampoco me movia la curiosidad: movíame la ardiente sed de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, que nos lleva á todos á tantas otras cosas.—Además, tenia que pedirle á S. S. que bendijese un rosario destinado á mi madre y que le aplicase la Indulgencia Plenaria para la hora de la muerte.

Y ahora me ocurre una consideracion muy luminosa en que no me he fijado en todo el dia. Yo no iba solo, ó por mi solo, al *Vaticano*: yo no podia disponer de mí mismo: yo tenia que pensar y sentir, sumándome con toda mi familia. Obraba en su nombre; estaba obligado á darle cuenta de mis actos; debia resumir y personificar sus afectos.

Perdóneseme este cruel análisis, y no se vea en él la última llamarada de mi soberbia. Ved lo que hay: buena voluntad en las intenciones, y sinceridad en las palabras.—He creído deber contarlo todo, y así lo he hecho.—Ahora continúo.

Llegado á la *Plaza de San Pedro*, penetré bajo la columnata circular de la izquierda, al fin de la cual empieza una extensa Galería, que termina en la magnífica *Scala regia*, decorada por Bernini con vistosísimas columnas.

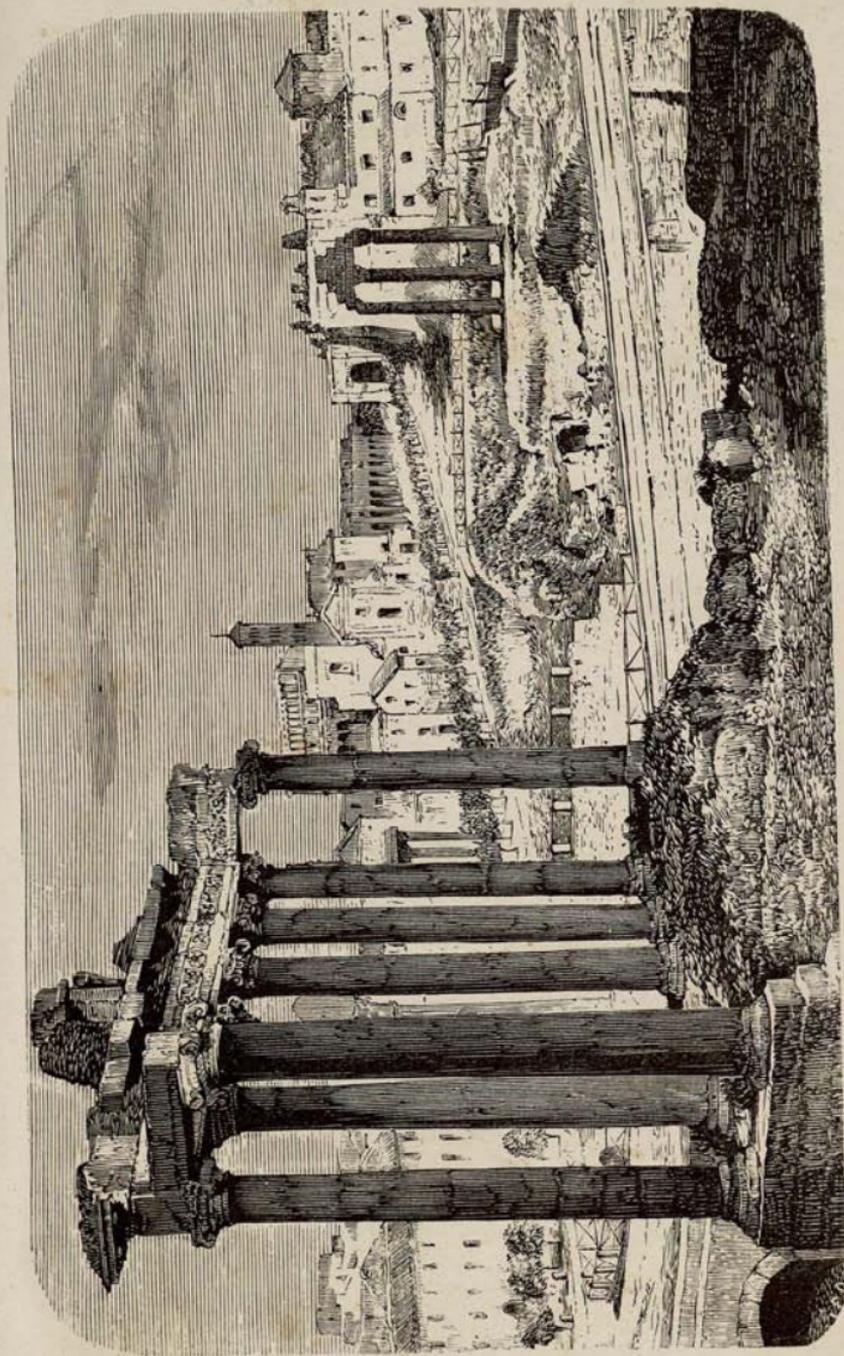
Estaba en el *Vaticano*.

Al pie de aquella Escalera, volví á ver á los suizos ó alabarderos del Papa, con su pintoresco traje de rayas amarillas, rojas y negras, inventado por Rafael.

Subí: al llegar al primer piso del Palacio, un Empleado lego se enteró del objeto que me llevaba, y me dijo que siguiese subiendo; *pues S. S. habitaba en el piso segundo*.

En el segundo piso la servidumbre era ya eclesástica: á lo menos, vestia ropa talar de color morado. Mostré la comunicacion en que se me concedia la audiencia, y fui introducido en una vasta y no muy espléndida Antecámara, en la que me pidieron el sombrero y me dijeron que me quitase los guantes, haciéndome pasar en seguida á un gran Salon cuadrado, en el cual me dejaron solo, no sin advertirme que podia sentarme.

Aquel Salon era más suntuoso; pero todavía modesto. Adornábanlo un Trono, sobre cuyo dosel se veian bordadas la Tiara y las Armas pontificias; dos colosales braseros encendidos, en cuyas alambreras estaba mo-



EL FORO ROMANO.



delada tambien la Tiara; tres grandes consolas con relojes del gusto de Napoleon I, y alfombras, tapices y divanes encarnados.

De vez en cuando cruzaban por delante de mi algunos graves personajes, yendo y viniendo desde la puerta por donde yo habia entrado hasta otra que habia en el fondo del Salon, en el testero derecho.

Casi todos los que entraban ó salian vestian de morado con vivos rojos; algunos, de rojo solamente; muy pocos, de negro;—pero todos traje talar.

Eran Cardenales, Arzobispos, Obispos y otros altos Dignatarios de la Córte pontificia.

Varios de ellos iban acompañados de otros Sacerdotes, que llevaban grandes legajos.

Sin duda, eran los Ministros y sus Secretarios.

Cien veces me levanté para saludar á tan elevados personajes, y cien veces volví á sentarme y á quedar solo, entregado á mis pensamientos.

No es decible lo que revolví en mi cabeza de conjeturas, de reflexiones y de recuerdos durante la media hora que permanecí en aquel salon. La luz del sol que lo alumbraba, los muebles, las cortinas, el Trono (en que me senté furtivamente,—confieso mi pecado), el silencio que reinaba, los pasos que lo interrumpian á veces, las personas que iban y venian, es compás de los relojes, la presencia de mi familia en mi imaginacion; todal estas cosas y otras muchas daban pábulo á mis ideas y convirtieron en una eternidad aquellos treinta minutos de espera.

Al cabo de este tiempo salió de la habitacion de la derecha, donde yo suponía al Papa, un sacerdote, vestido de morado como toda la servidumbre pontificia, y se dirigió á mí; me preguntó mi nombre; consultó un papel; me dijo que esperase otro poco, y se volvió á marchar por donde habia venido.

Desde entonces temblé, no sé si de temor ó de impaciencia, si de respeto ó de efusion cariñosa.—Ya no podía retroceder. El Papa sabia que estaba yo allí.—Algo semejante á lo que sentí en aquel momento experimentarán los mortales el Dia del Juicio al verse llamados nominalmente á la presencia de Dios.

Poco rato despues volvió el sacerdote, y me dijo que lo siguiera.

Asi lo hice, y entramos por la puerta en que desde luégo me habia fijado.

Ya estaba tranquilo; pero en cambio habia dejado de pensar hasta tal punto, que no se me ocurría una sola palabra que decir al Padre Santo.

Por fortuna, el sacerdote me dijo:

—Si trae usted algun objeto para que lo bendiga S. S., llévelo usted en la mano.

Yo saqué el rosario destinado á mi madre.

La habitacion en que habiamos penetrado era cuadrilonga, más pequeña que la anterior y de aspecto un poco más suntuoso.

Al extremo de ella habia diez ó doce Sacerdotes, Obispos en su mayor parte, y dos Cardenales de avanzada edad.

Todos conferenciaban de pie, en voz sumamente baja, formando un solo grupo cerca de una mampara de damasco encarnado, medio cubierta por una cortina de terciopelo carmesí.

En la cortina y en la mampara relucian las Armas de la Iglesia.

Todo esto lo ví de una ojeada, adivinando desde luégo que por aquella mampara se entraba al despacho de Pio IX.

Mi guía no se detuvo, y yo continué marchando en su seguimiento.

La Côte pontificia se abrió ceremoniosamente en dos filas; como desfilando á la honra que iba á caberme de hablar con el Vicario de Jesucristo.

Yo pasé por entre aquellos poderosos señores, tan turbado y confundido, que me parecia que no tocaba con los pies en la tierra.—(Mirad si hago sacrificios de vanidad; mirad si soy explícito y sincero, con tal de que conozcais los más nímios pormenores de tan importante visita.)

Llegábamos á la mampara.—Una vez allí, un familiar levantó la cortina; otro abrió la puerta; y el sacerdote que me habia guiado, me hizo un profundo saludo; indicóme con un ademan que entrara solo, y añadió estas sencillas palabras:

—Ahí está Su Santidad.

Con lo cual cerró la puerta detrás de mí, y yo me encontré en una pequeña, triste y modestísima estancia.

En frente de la puerta por donde habia entrado (al lado de la cual permanecí dos segundos inmóvil é indeciso) se veía otra mampara abierta de par en par, que daba á un alegre aposento bañado por el sol...

—«Allí será» pensé; y dí un paso en aquella direccion.

Peró en esto oí á mi derecha, y ya detrás de mí, una voz apacible que decia:

—*Benedicat te Dominus...*

Me volví sobresaltado.

El Papa se hallaba en la misma habitacion donde yo me creia solo.

No lo habia visto, en medio de mi confusion, porque Su Santidad estaba sentado delante de un bufete, dando la espalda á la misma pared donde se hallaba la puerta por donde yo habia entrado.

Me arródié, segun el ceremonial que me habian prescrito, y Pio IX repitió dulcemente su Bendicion, bendiciéndome tambien con la mano.

Hice la segunda y la tercera genuflexion, acercándome á S. S.; y ya me disponia á besarle la sandalia, cuando sonrió levemente, con una afebilidad exquisita, é, interponiendo su mano derecha, dióme á entender que se la besara en lugar del pié, y que me levantase.

Obedecí.

Pio IX estaba sentado, como he dicho, detrás de un bufete, sobre el

que se veía un gran Crucifijo de ébano y plata, una escribanía, un Brevariario, y algunos papeles.

Cuando entré, S. S. leía un libro en rústica de aspecto moderno, cuyas hojas iba abriendo ó cortando con una plegadera de marfil, la cual soltó para alargarme la mano, volviendo á cogerla en seguida con un movimiento maquinal.

Yo esperaba á que me hablase, para atreverme á fijar los ojos en su rostro. Entre tanto, reparaba, de un modo vago y pueril, en el solideo blanco del Santo Padre, en su muceta y su capisayo, blancos tambien, en sus hermosas manos y (¡cosa rara..., que demuestra mi afán de encontrar al hombre al través del Pontífice!) en que el cuello de la muceta estaba un poco desaseado, de ludir con los sedosos cabellos blancos de S. S.

El conjunto de aquella figura, su albo ropaje talar, la mansedumbre de su actitud, su aire tranquilo, natural y franco, la modestia de la habitación..., todo respiraba paz, humildad y ternura.

Mientras yo observaba y discurría estas cosas, apenas habrían pasado ocho segundos, durante los cuales S. S. miró un papel, que sin duda era la petición de aquella audiencia; petición hecha por la Embajada, y cuyos términos yo no conocía.

—Usted es español (dijo al fin el Papa en castellano, no sin grande sorpresa mía). Yo quiero mucho á los españoles, y todavía recuerdo, como usted ve, aquella hermosa lengua que aprendí hace tantos años. Yo he estado en España.

S. S. hablaba el castellano con una corrección admirable, sin acento alguno extranjero; pronunciaba las *eses* como los valencianos, y su voz era dulce, reposada y sonora.

Yo sentía renacer mi tranquilidad.

—¿De qué parte de España es usted? me preguntó en seguida.

Y cuando le hube contestado:

—¡Granada! (repitió el Pontífice). Hoy hace años que entraron en ella los Reyes Católicos.—¡Guadix! catedral insigne..., Silla de San Torcuato, —Yo amo mucho al Obispo de Guadix... Cuando vaya usted á verlo, déle muchas expresiones mías.

Este lenguaje, sencillo y cariñoso, me animó de tal manera, que ya no podía darme cuenta de la emoción con que había llegado hasta allí.. Me parecía que toda mi vida había estado oyendo al Papa. Así es que me permití mirarlo y estudiar su fisonomía con una atención que no podía pasar por irrespetuosa, dado que mis palabras demostraban claramente veneración, afecto y gratitud.

Pío IX tiene sesenta y nueve años: es alto y fuerte: su apostura revela á un mismo tiempo cierta marcial franqueza y una infinita humildad apostólica. En su semblante, verdaderamente hermoso, resplandecen la serenidad y la alegría. A la viveza de sus ojos se contraponen la pacífica bondad de su boca, que no cesa de sonreír. A pesar de su avanzada edad, brilla en su frente un destello de juventud, y, según pude ver más ade-

lante, este venerable anciano, de quien se ha dicho tantas veces que está vecino al sepulcro, conserva la agilidad y el fuego de sus mejores años.

Media hora duró la audiencia. Acaso podría referir palabra por palabra todas las que me dirigió S. S.; pero no debo correr el riesgo de poner en sus labios alguna que no pronunciara.

Daré, sí, cumplida cuenta del giro de la conversacion.

Preguntóme el Padre Santo si habia pasado por la «*Alta Italia*» para venir á Roma.

Esta pregunta me turbó un poco. En la *Alta Italia* está comprendido el *Piamonte*, el Reino de su enemigo, el territorio excomulgado...

Contesté que sí; y S. S., comprendiendo mi turbacion, atenuó el interés del asunto, tratando de deducir de mi respuesta todo mi itinerario desde que salí de España.

Con este motivo, se enteró del estado de los ferro-carriles españoles, confundiendo á veces la posicion respectiva de algunas de nuestras ciudades, á lo que yo rectificaba con la mayor franqueza y gran contentamiento suyo, haciéndole sonreir con sin igual dulzura.

Esta *falibilidad* del Sumo Pontífice tenia para mí un indecible encanto, y aumentaba la tierna confianza de una entrevista que yo me habia imaginado tan solemne y ceremoniosa.

Del estado de los caminos de hierro pasó S. S. muy naturalmente al estado político de España, y manifestó su regocijo por la paz que reina en *aquel amado suelo* despues de tantas discordias.—Fueron sus palabras.

Una vez en este terreno, se lamentó de que la situacion de Italia no sea la misma; y, elevando el tono de la conversacion, pero siempre con angelical blandura, me dijo... lo que yo habia leído ya en muchas Encíclicas recientes: que S. S. no ha perdido ni un solo momento el valor y la esperanza: que cree seguro el triunfo de la Iglesia: que dá gracias á Dios por haber elegido su Pontificado para tan dura prueba: que su alegría aumenta á proporcion de las tribulaciones; y que pues yo, como escritor, dirijo mi voz al público (esto de *escritor* lo habria dicho la Embajada de España al pedir mi audiencia), no deje de participar á mis compatriotas la gratitud de la Santa Sede por la fidelidad de España y por los auxilios y pruebas de amor que recibe continuamente de ella, asegurándoles que nada hay que temer por la Navecilla de San Pedro, pues saldrá triunfante de la presente borrasca como ha salido de tantas otras.

Confieso que oí esta exhortacion con miedo y remordimiento. Pareciame que S. S. se dirigia á mí, á mi conciencia, á mi corazon, no tan confiado como el de S. S.—Aquellas palabras, estereotipadas en sus labios y en todos sus escritos, me parecian una reprension imaginada expreso para perseguir y disipar en el fondo de mi alma las últimas tinieblas, alliescondidas, ó para castigar la hipocresía de una duda vergonzante.—Si no hubiera temido fatigar su atencion, habríale dado cuenta de mis intimos sentimientos, rogándole que los contrastase con los que aca-



PIO IX.



baba de expresar, hasta hacerme patente la flaqueza menguada de los míos...

¡Oh! nadie ama su dolor! Yo hubiera querido..., tal vez yo *he debido* procurar salir de aquella estancia poseído del júbilo y el reposo que animaban al Padre comun de los fieles!—Pero, aunque hijo suyo, no me he atrevido á revelarle mis penas é inquietudes, ni á pedirle un remedio para ellas. ¡Son tantos los enfermos de tristeza que visitan al Padre Santo! Y lo que tantos no le piden, ¿había de pedírselo yo, pobre de mí!—De manera alguna. Su tiempo no bastaría para todos, y yo no debía desear una excepcion en mi favor.—Llevaré mi cruz hasta lo alto del Calvario! (medité con amarga resignacion.)—¡Tal vez allí algun dolor supremo abrirá mi alma á la alegría!

Seria casualidad; pero en aquel momento parecióme intuicion milagrosa del Papa esta pregunta con que terminó su peroracion é interrumpió mis pensamientos:

—¿A qué ha venido usted á Roma? ¿Por devocion?

Creí que me preguntaba el primer pecado; que la Confesion principiaba...—No debía, pues, mentir: hubiera sido un sacrilegio.

—Por devocion cristiana, Santísimo Padre (contesté sin vacilar); y tambien por devocion artistica. El arte es la mitad de mi existencia.

El Italiano agradeció aquí lo que pudo disgustar al Pontífice, y, cambiando de conversacion, habló con entusiasmo de los tesoros artísticos que encierra la Ciudad Eterna,—cocluyendo con estas frases:

—El *Vaticano*, la residencia de los Papas, es el primer Museo del mundo, sobre todo en Obras maestras de la Gentilidad. Todo lo que es hermoso, es bueno, por cuanto revela la grandeza de la creacion de Dios. Por eso hemos reunido en nuestro Palacio las maravillas de arte de Egipto, de Grecia y de Roma pagana, al lado de las pinturas de Rafael y de Miguel Angel.

Al llegar á este punto, presenté el rosario á S. S., quien lo bendijo, indicándome que le aplicaba la Indulgencia Plenaria para mi madre, con tal que lo estrechase contrita entre sus manos á la hora de la muerte.—¡Don precioso! Era como darme las llaves del Cielo para el ser que más amo en este mundo.

Luégo me preguntó S. S. si yo era casado, y—¿querreis creerlo?—por la primera vez de mi vida me ha parecido que hago mal en ser soltero, y hasta me ha costado cierto rubor el declararlo!

—¿Qué seria esto?—No sé.

A la verdad, el Matrimonio es un Sacramento...; pero no obligatorio...—¿Quién sabe?—En situaciones tan extremas como la en que yo me hallaba, se discurre con extraordinaria lucidez, con portentosa profundidad. Tal vez se me reveló en aquel instante todo el egoismo del célibe, que retarda el nacimiento de sus hijos; que rehuye los más graves y nobles cuidados de la existencia humana; que no fortifica los lazos de la sociedad con el nudo de una nueva familia; que no vincula el amor en

una sola mujer, segun quiere el cristianismo...—¿Quién sabe?... vuelvo á decir.

Por este camino, la conversacion (que yo cuidaba de no alargar; pues traíame inquieto el temor de abusar de la bondad infinita de Pio IX) se prolongó algunos minutos en el tono paternal que adoptó S. S. al principio, y tuve que enumerarle mi familia y darle nimios pormenores de ella, sorprendiéndome cada vez más el interés (no atencion, no indiferente cortesía) con que escuchaba mis palabras. ¡Parecia imposible que, en medio de tantos cuidados y tareas como le cercan, el Padre Santo redujese asi su espíritu y lo fijase tan completamente en mi mayor ó menor felicidad y en la manera de ser y de estar constituida una familia cristiana cualquiera de las miles de miles que componen su Imperio espiritual!

A tal punto llegó aquella situacion rarísima (que yo no acierto á explicarme sino como resultado de que S. S. se encontraba cuando yo entré en su despacho en uno de esos momentos de absoluta calma de la imaginacion en que nos solaza y recrea el tamo que bulle en un rayo de sol ó el afanoso trabajo de una hormiga); á tal punto, digo, llegó aquella singularísima escena, que, sin reparo alguno me atrevi á pedirle á S. S. que me diese algun recuerdo material de aquella audiencia; lo que ménos le importase; lo que de nada le sirviese; un pliego de papel, una pluma...

—Algo mejor que eso voy á regalarle á usted, me dijo sonriéndose y levantándose.

Aquí perdí todo mi valor, y hasta me horroricé de lo que habia dicho, de lo que habia hecho. ¡Molestar al papa! ¡Dar lugar á que dejase su sillón! ¡Obligarle á andar algunos pasos!...

Muchas veces le pedí perdon de mi audacia, y le supliqué que no se incomodase... Pero S. S. se reia, y marchaba por la estancia, diciéndome afablemente:

—Estoy bueno; ahora estoy muy bueno: dígaselo usted á su familia y á aquellos de sus amigos que bien me quieran...

Y, con paso firme, salió del despacho, penetrando en la otra habitacion en que daba el sol, y de que ya he hablado, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Por aquella puerta seguia yo viendo á Pio IX, quien abria una papelera y me hablaba al mismo tiempo, aunque nos separaba una distancia de veinte pasos.

—Voy á darle á usted... (decia, interrumpiéndose á cada palabra, mientras buscaba lo que quiera que fuese en un cajon de la papelera); voy á darle á usted... una Medalla de las que acabo de hacer acuñar para los que han defendido en *Castelfidardo* la bandera de la Iglesia; pues, aunque usted no ha estado en *Castelfidardo*, estuvo en Africa, segun dice la solicitud de audiencia, y es lo mismo; porque al cabo todo cede en honra y gloria de nuestra santa Religión.

Yo escuchaba estas palabras y veja trabajar á S. S., medio orgulloso y medio arrepentido de lo que sucedia por mi culpa. Al fin volvió Pio IX

al despacho; dióme una medallita en que se veía la Efigie de la Purísima Concepcion y el busto de SS., y, poniéndome dulcemente la mano sobre un hombro, me dijo:

—Con que vaya usted con Dios: sea usted muy bueno, y dé usted memorias mías á sus padres y hermanos, con mi Bendicion Apostólica. Buen viaje; y mi Bendicion á todas horas y en todas partes. Sea usted muy feliz, como yo se lo pido á Dios.—Adios, hijo mio.

Me arrodillé por tres veces, retirándome de espaldas, como está prescrito por la etiqueta del Vaticano, y á cada genuflexion, S. S. sonreia cariñosamente, bendiciéndome, y repitiendo el más español de nuestros saludos:

—*Vaya usted con Dios.*

Salí de la estancia; crucé vacilante y desvanecido por enmedio de la Côte pontificia; recobré mi sombrero, mi abrigo y mis guantes, y bajé corriendo las escaleras del *Vaticano*.

Creo que huia del aparato real del Palacio; de la pompa temporal que hace temible á aquel humilde y bondadoso Sacerdote, cuyas palabras de amor resonaban en lo íntimo de mi pecho... ¿Qué sé yo?

Tambien podia ser la turbacion consiguiente á mi inesperada ventura, ó miedo á que se me distrajera del éxtasis en que me hallaba, lo que me hacia correr de aquel modo, y apartar la vista de cuanto no fuese el Padre Santo... de cuanto no fuese Pio IX...

¡No sé! Lo que puedo decir es que no paré hasta llegar á mi casa, y que, cuando me ví en ella, todo lo que acabo de referir me pareció un sueño, una ilusion de la voluntad, la deseada imágen que persigue la esperanza.

## X.

EL VATICANO.—MARAVILLAS DE ARTE DE LA ANTIGÜEDAD Y DEL RENACIMIENTO.

Roma 5 de enero.

Una hora despues me hallaba de vuelta en el *Vaticano*.

Iba á ver el *Palacio* con ojos de artista; á recorrer el *Museo* y la *Biblioteca*; á visitar el *Juicio final* de Miguel Angel; á admirar la *Trasfiguracion* de Rafael; á contemplar el grupo de *Laocoonte* y el *Apolo de Belvedere*, dos de las obras capitales de la Antigüedad.

Aquella visita, para la cual creí que tendria bastante tiempo con todo el resto de la tarde, ha durado cuatro dias; pues desde aquella mañana hasta hoy, puedo decir que no he hecho otra cosa que recorrer el *Vaticano*.

«El *Vaticano* (dice una *Guia*), Capitolio de la Roma moderna, no es tanto un Palacio como una reunion de Palacios irregulares, en que traba-

jaron los mas célebres arquitectos, Bramante, Rafael, Pirro Ligorio, Dominico Fontana, Carlos Maderne y Bernin. Tiene tres pisos, y encierra una infinidad de salas, galerías, capillas y corredores; una biblioteca, un museo inmenso y un jardin. Cuenta 20 patios, 8 grandes escaleras y 200 escaleras de servicio. Bonanni pretende que el Vaticano consta de 13,000 habitaciones, comprendidos los subterráneos. Pero á este vasto conjunto de edificios le falta una fachada exterior. Por el lado de su entrada, lo oculta y desfigura la columnata de la Plaza de San Pedro.

»En las obras de Aulo Gelio se halla una etimología singular de la palabra *Vaticano*, que hace provenir de los oráculos (*vaticinia*) que, ya en su tiempo (dos siglos antes de Jesucristo), se pronunciaban en aquel lugar.—Ignórase la época de su fundacion: sábese solamente que lo habitó Carlo-Magno. En el siglo XII los papas vivian todavía en Letran, no habiéndose trasladado al Vaticano hasta que volvieron de Avignon. Juan XXIII puso en comunicacion el Palacio con el Castillo (de *Sant' Angelo*) por medio de una galería cubierta. Nicolás V lo rodeó de murallas. En el siglo XIV, Sixto IV hizo la Biblioteca y la Capilla Sixtina. Alejandro VI mandó construir el departamento que lleva el nombre de *Borgia*.»

Hasta aquí la *Guia* mencionada. Yo diré, por mi parte, que Inocencio VII, Julio II, Leon X, Pablo III, Sisto V, Clemente XI, Pio VI, Pio VII, Gregorio XVI y Pio IX han añadido el resto de lo que allí se vé.

No describiré, ni siquiera enumeraré, las diversas habitaciones de aquel inmenso edificio. Busquemos las obras de arte más notables que encierra, y para ello principiemos por cruzar la *Sala Regia*, cuyos frescos históricos son dignos de atencion, y penetremos en la célebre *Capilla Sixtina*.

En la *Capilla Sixtina*, donde se celebran, en presencia del Padre Santo, los oficios de Semana Santa, se halla el famosísimo *Juicio final* de Miguel Angel, inmensa pintura al fresco que llena la pared del fondo.

Esta obra ha sido juzgada por todo el mundo como superior á la crítica. Yo no he sabido qué admirar más en ella: si la grandeza del dibujo, si la gigante osadía que revela la disposicion de cada figura, si la composicion de uno y otro episodio, si la terrible animacion del conjunto ó si la vehemencia de los afectos expresados por cada fisonomía. En cuanto á la invencion, sabemos (y Miguel Angel lo confesaba) que sólo es una traduccion material de las grandiosas y tremendas imaginaciones de Dante, y, en este punto, creo que tienen razon los que hallan más idealismo, más inspiracion mística, más espíritu cristiano en el *Juicio final* de Giotto, que vimos en Padua, y sobre todo en el de Orcagna, que admiramos en Pisa. En cambio, el de Miguel Angel impone y aterra por la representacion fisica de los dolores, por el vigor del estilo, por la pasmosa variedad de las más atrevidas actitudes, por los maravillosos estudios anatómicos que revela y por la fuerza y la vida de la accion.

En el centro de la composicion se ve á Jesucristo; pero no ya al *Salva-*

*dor*, al manso cordero, á la víctima resignada ; sino al terrible *Juez* que habia de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.—«Es el Jesús del *Dies iræ*» ha dicho no sé quién.—A sus piés se halla la Virgen María, arrodillada, intercediendo por los pecadores. La escena tiene lugar entre el Cielo y la Tierra. La Tierra se ve abajo, y de ella salen los muertos, sacados de su largo sueño por el son de las trompetas, tocadas con espantosa energía por un admirable grupo de Angeles. En lo alto se ven dos grandes masas de Elegidos que vuelan al Cielo: los unos van abrazados á la Columna de la Fé; los otros al Arbol de la Cruz. Cerca de Cristo se hallan los Mártires, quienes le presentan los instrumentos de su martirio,—las aspas, la cruz, la rueda, la escalera, los martillos, la espada...—San Bartolomé, admirablemente pintado, lleva en la mano su propia piel, que conserva la forma humana, hasta la del rostro.—¡Es una cosa horrible!—A la izquierda luchan los condenados con los demonios, resistiéndose ferrozmente á seguirlos al infierno.—Hay quien dice que esta es la parte más perfecta de la obra.—Vése allí un condenado reflexionando sobre su suerte, que hace temblar al que lo mira: tal es su muda desesperacion.—En la parte baja del fresco, se ve á Caron, el barquero mitológico, conduciendo los réprobos á las regiones infernales.—Este contrasentido pagano se encuentra tambien en Dante.—A la derecha todo es júbilo y amor, gloria ó esperanza. Allí están los Justos, los Elegidos, que acaban de pasar por delante de Jesús, el cual los va colocando á su diestra, como han de estar despues á la diestra de Dios Padre.—Las Virgenes son muy bellas; pero no muy castas, y eso que fueron vestidas por Daniel Volterra á petición de Pablo IV, quien hizo atenuar tambien un poco el completo desnudo de las demás figuras.—¡Ah! ¿qué entendia de esto Miguel Angel? El era gentil, y siguió siéndolo al tratar el asunto más religioso, más cristiano, más místico que puede encomendarse á un pintor.—Para concluir: el *Juicio final* encierra cuatrocientas figuras, en las que están representados todos los afectos, todas las edades, todas las actitudes, todas las pasiones, todos los tipos... ¡Glosa admirable del alma y del cuerpo humano, que de muestra la inagotable inventiva de un genio colosal y de una sabiduría prodigiosa!

Ni es esta la única obra de Miguel Angel que encierra la *Capilla Sixtina*. Todo el *techo* se halla pintado de su mano, y, entre las maravillosas creaciones que allí legó á la posteridad, cualquiera de ellas..., la menos perfecta..., bastaria á inmortalizar á aquel soberano artista!

Conocido su genio, la índole de los asuntos bastará para dar idea de la grandiosidad de sus obras.

Estos asuntos son: 1.º Separacion de la Luz y de las Tinieblas. 2.º Creacion del Sol y de la Luna y *siembra* ó sementera de la Tierra: 3.º El espíritu de Dios cerniéndose sobre las Aguas: 4.º Creacion de Adan: 5.º Creacion de Eva: 6.º Caída del primer hombre y su expulsion del Paraiso: 7.º Sacrificio de Noé: 8.º El Diluvio: 9.º Embriaguez de Noé: 10. Jeremías: 11. La Sibila de Persia: 12 Ezequiel: 13 La Sibila Eritea: 14. Joël: 15 Zacarías:

16. La Sibila de Delfos: 17. Isaías: 18. La Sibila de Cumas: 19. Daniel: 20. La Sibila Líbica: 21. Jonás: 22. Asuero y Esther y el suplicio de Haman: 23. La serpiente de metal: 24 David y Goliat: 25. Judith y Holofernes, y una infinidad de figuras decorativas.

De estas obras, merecen especial mencion los *Profetas y las Sibilas*; y especialísima, la *Creacion del Hombre* y la de la *Mujer*, sobre todo la del *Hombre*, representado como un hermosísimo cadáver sumido en un rincón de la Tierra, á donde llega el Creador, sostenido por Angeles, y le da la vida tocándole con el dedo.—Esta escena respira una grandiosa poesía, enteramente genesiaca, que recuerda las sencillos y magestuosos versículos de Moisés.

En la *Capilla Paulina* hay otros dos frescos de Miguel Angel, *La Conversion de San Pablo* y *El Martirio de San Pedro*, que en otra parte llamarían extraordinariamente la atencion, pero que se ven sin asombro cuando se viene de admirar la *Capilla Sixtina* y se dirige uno á las *Logias* de Rafael.

Las *Logias* son una multitud de reducidas estancias, formadas por tres hileras de pórticos; y llevan el nombre de Rafael, porque este inmortal artista las construyó, decoró y pintó al fresco.—Las pinturas representan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, principiando por la *Creacion del Mundo*, y en ellas lucha Rafael con Miguel Angel por la grandeza y magestad de la concepcion.... Pero donde lo vence es en las célebres *Cámaras* (Stanze).

En aquellas *Cámaras* se encuentran las obras capitales del pintor de Urbino.—Allí se ven *El incendio de Borgo*;—la *Escuela de Atenas*;—la *Disputa del Sacramento* (que es sin duda la más alta y grandiosa creacion del arte cristiano; un poema teológico; la *Divina Comedia* de la pintura);—*El Parnaso*;—*Heliodoro arrojado del Templo*;—*San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma*;—*El Milagro de Bolsena* (historia de un sacerdote incrédulo, convertido á la vista de una Hostia ensangrentada);—*San Pedro puesto en libertad*;—la *Batalla de Constantino*,—otros episodios de su vida cristiana..., etc.

Cada una de estas obras mereceria un capítulo especial. Cualquiera de ellas bastaria á la gloria inmortal de Rafael. El pintor divino demuestra en las *Cámaras* todo su génio, toda su sabiduría, toda su erudicion, su inspiracion cristiana, su profundidad teológica, su gracia y su sublimidad á un mismo tiempo.—Yo me contento con nombrar aquellos prodigios del arte: lo demás lo dice la fama y lo repetirán los siglos.

Pasemos ahora á la *Pinacotea ó Galeria de Cuadros* del Vaticano, compuesta de pocas obras, pero todas magistrales.

La primera que busca allí todo el mundo es la famosa *Transfiguracion* del mismo Rafael, que por mucho tiempo se ha considerado como la más alta creacion de su autor y de la pintura en general. Hoy la crítica, más generalizadora y profunda, echa de menos en aquel cuadro la inspiracion

mística, el espíritu religioso, el perfume de santidad, el ambiente divino que respiran otras obras de Rafael. La *Transfiguracion* es sin duda un prodigio, si se considera el arte por el arte, y como ingeniosa é idealizada reproduccion de la naturaleza. Los clásicos, los paganos, los académicos, podrán no pedirle nada á aquella grandiosa composicion; pero todo poeta creyente; toda alma enamorada de lo absoluto, de lo eterno; todo corazon sediento de afectos y goces infinitos, habrá de reconocer que el sentimiento de la humanidad desterrada rayó más alto en otra obra inmortal, abiamente colocada en frente de la *Transfiguracion* de Rafael, como para castigar al pintor de las *Virgenes* por haberse inspirado más en el Olimpo que en la Gloria, al retratar la sublime escena del Thabor.

La obra á que me refiero es la *Ultima Comunión de San Gerónimo*, por el Dominiquino. Cierta que su idea y su disposicion están plagiadas de la pintura de mismo nombre, ejecutada por Anibal Carracci, que vi en Bolonia; pero lo que maravilla y arrebató en el cuadro del Dominiquino no ha sido plagiado de parte alguna, no se encuentra en la creacion de Carracci, y acaso porque no se encontraba en ella, acometió Dominiquino la empresa de mejorarla, celoso del éxito que habia alcanzado. Hablo de la unción religiosa; de aquella santidad que no respira la *Transfiguracion* de Rafael.

El *San Gerónimo* de Dominiquino; anciano; decrépito, por mejor decir, quiere estar arrodillado, y no puede. Algunos Varones piadosos lo sostienen por debajo de los brazos, y, sin embargo, el sublime Traductor de la Biblia se halla sentado sobre sus desnudos pies. Apenas logra levantar la cabeza. Ya no le queda vida sino para mirar la Hostia que le presenta el Sacerdote. Se comprende que en sus venas no hay ya otro calor que el amor divino, que el santo deseo de tocar con sus labios, de recibir en sus entrañas la Forma consagrada del Cuerpo del Redentor... La Comunión será para él un ósculo de paz despues de los combates de esta vida, y de alianza con la eternidad. ¡Qué sed de ver á Dios! ¡Qué humildad! ¡Qué cariño!—Yo no conozco expresion más culminante de caridad... Yo no he visto nunca tan espiritualizada la forma humana.—Es Beato Angelico, es Murillo, es Zurbaran, es Ribera; es todos ellos á la vez, divinizando la naturaleza mortal por medio de la devocion. Es el alma, hermooseando, fundiendo, convirtiendo en luz una pobre arcilla que se deshace al soplo de la muerte....

En la *Galería del Vaticano* se encuentran tambien la célebre *Madonna di Foligno* de Rafael; su *Coronacion de la Virgen* (pintada en el estilo de su insigne maestro, y, por consiguiente, inmaterial, pura y divina como una vision del Cielo); la *Anunciacion*; la *Adoracion de los Reyes*; la *Presentacion al Templo*, y las *Virtudes teologales*, cuadros todos, especialmente el último, dignos del genio y de la fama del pintor de Urbino.

De las obras restantes de la Galería, las más bellas y renombradas son la *Vision de San Romualdo*, por Andrea Sacchi;—*El entierro de Cristo*, por Caravaggio;—una *Madonna* de Ticiano;—la *Leyenda de Nicolás Vari*,

por el sublime Beato Angélico;—dos cuadros de MURILLO, la *Sagrada Familia* y la *Vuelta del Hijo-pródigo*, colocados allí por Pio IX,—y los famosos *Tapices de Rafael*, que encierran maravillas de concepcion y de dibujo.

La *Biblioteca del Vaticano* es la primera coleccion de Manuscritos de todo el universo. El local no puede ser más bello ni más suntuoso. La *Sala Grande*, de 216 pies de longitud por 49 de anchura, está adornada con preciosos frescos y con elegantes armarios cerrados. De esta Sala arranca una doble galería, vistósima, de más de 1,000 pies de longitud.

Los Manuscritos no bajan de 25,000, y entre ellos los hay griegos, latinos, árabes, persas, turcos, siriacos, hebreos, etiopes, samaritanos, coptos, armenios, georgianos, indios, chinos, slavos.—De los innumerables tesoros que allí se guardan, sólo he visto algunas cartas de Enrique VIII á Ana Bolena; un cuaderno de borradores del Tasso, que por cierto corregía mucho sus poesías; una Biblia del siglo VI; la *Republica* de Ciceron, y un *Virgilio* del siglo V, adornado de preciosas miniaturas.

La *Biblioteca del Vaticano* comprende además 30,000 Impresos;—un *Museo* llamado *profano*;—otro de *Antigüedades cristianas*, en que se ven Lápidas procedentes de las Catacumbas, pinturas de los maestros griegos anteriores con mucho al renacimiento de las artes, Cálices antiquísimos, y otros muchos objetos pertenecientes á los primeros cristianos;—un Gabinete en que hay seis armarios llenos de ídolos, estatuillas, inscripciones en bronce, utensilios de todo genero de los antiguas romanos, y la cabellera de una mujer, perfectamente conservada, aunque tendrá más de quince siglos, que se encontró en un sarcófago gentil;—una Sala de *Pinturas bizantinas*;—el Gabinete de los *papyrus*;—ocho Salas más, atestadas de curiosidades históricas;—el *Gabinete de las Medallas*;—y la Sala de las *Bodas Aldobrandinas*, donde se halla el famoso *Fresco* de este nombre, cuya importancia ha desaparecido despues de las exhumaciones de Pompeya.

Hasta aquí la Biblioteca.—Ahora empieza el verdadero *Museo del Vaticano*, vastísima ciudad que encierra los despojos de mil generaciones. Baste saber que aquel *Museo*, el primero del mundo, tiene una gran Sala destinada exclusivanmente á *Bustos* de la antigüedad; una Galería llamada de los *Candelabros*; una sala de *Animales* esculpidos; otra galería llena de *Estátuas*; patíos atestados de *Sepulcros* y de grandes *Vasos*; un departamento que encierra todo un *Museo Etrusco*; otro que equivale á un *Museo Egipcio*, y muchos que llevan nombres especiales y que bastarian al lustre de la más culta capital, como son el *Museo Chiaramonti*, la *Galería Lapidaria*, el *Museo Pio Clementino*, etc.

El *Museo del Vaticano*,—lo repito,—es un pueblo, ó, por mejor decir, un *gentio* de piedra. Allí se encuentran todos los hombres cé-

lebres de que nos hablan los historiadores latinos; y allí están sus dioses. Los retratos, los bustos, las estatuas, exceden en vida y expresion á la fotografia. Oradores, Filósofos, Guerreros, Poetas, nos miran, nos hablan, se mueven, palpitan, animados por el Arte. Los Emperadores, los Cónsules, los Tribunos, las Matronas, las Cortesanas, los niños, los esclavos, todos moran en aquel lugar, albergados con lujo, rodeados de los restos de sus casas, de las pilas en que se bañaban, de los pavimentos de mosaico de sus viviendas, de las bestias feroces que admiraban en los Circos, de los sepulcros que no han podido retenerlos, de las columnas de sus Templos, de sus ídolos, de los monumentos que veían en plazas y calles, de las obras maestras de Fidias y Praxiteles que tuvieron en tanta veneracion, de todo, en fin, lo que embellecia su existencia, cuando, en vez de ser de mármol, eran personas de carne y hueso.

¡Y qué extension la de aquella ciudad petrificada! ¡Qué poblacion tan numerosa! Sólo para conocer de vista á los inmóviles Habitantes del *Museo* seria menester permanecer allí un año. Para tratarlos y ser amigo familiar de todos, no bastaria un tercio de la vida.—Desistamos, pues, de parar la atencion en unas gentes que hemos de abandonar tan pronto, y fijémonos solamente en las obras inmortales de la Antigüedad, en los grandes prodigios de la Escultura griega: esto es; hagamos lo mismo que en cualquiera otra ciudad que visitamos de paso: no reparemos en la gente; veamos los monumentos, y sigamos nuestro camino.

Saludemos primero á esta soberbia *Cariátide*, hermosa como una Juno, magníficamente vestida, y que parece el símbolo de la belleza permanente;—detengámonos luégo cerca de la estatua del *Pudor*, de esa gallarda jóven que, á medida que se envuelve más en sus ropas, deja adivinar con mayor precision y exactitud las formas hechiceras de su cuerpo;—admiremos y reverencemos la austera figura de *Demóstenes* en su actitud persuasiva;—apartémonos, no que nos atropelle, del *Atleta ó Corredor*, que huye continuamente de su pedestal;—y hagamos alto delante de la colosal estatua del *Nilo*, conocida de todo el mundo, por la circunstancia de que una excelente copia de ella adorna un Jardin público de París.

Nada más imponente que aquel gigante acostado, por cuyo cuerpo trepan y corren diez y seis niños, que siempre me recuerdan á los liliputienses que se apoderaron de Gulliver... Yo no comprendo que pueda presentarse alegoría más exacta que esta escultura, para dar idea del opulento Río que es vida y alma de todo el Egipto; que lo aniquila y regenera continuamente, y que lo asombra y lo intimida cada vez que lo inunda para enriquecer y fecundar sus campos.

Pero continuemos. Hé aquí la célebre *Minerva Médica*.—¡Ved aquí á *Augusto*, ó, por mejor decir, al jóven Octavio!—Ved allí á *Tiberio*, pacíficamente sentado.—Su calma glacial horroriza... Pasemos de largo.

Estamos en el Vestíbulo redondo, donde se halla el Balcon de *Belvedere* que da nombre á toda esta parte del *Museo*.—La vista que desde el balcon se disfruta es, en efecto, asombrosa. Roma entera se extiende ante

nuestras miradas...—Pero ¿cómo ponerse á contemplar á Roma, cuando reclaman nuestra atencion las primeras maravillas del Arte griego?— ¡Adelante! ¡Adelante!

Desde el *Vestibulo* pasamos al célebre *Patio*, centro del Museo, rodeado de Gabinetes donde se encuentran las obras capitales de la escultura antigua.

Hé aquí el *Perseo*;—hé aquí el *Mercurio* conocido con el nombre de *Antinoo*;—hé aquí el célebre *torso* griego, que no siendo más que un fragmento, conserva toda la vida que pudo tener la estatua entera y hace adivinar el resto de la figura...

Miguel Angel decia que era discípulo de este *torso*...—Pero Miguel Angel decia tambien que el *Grupo de Laocoonte* era el *milagro del arte*, y estamos á pocos pasos del *Grupo de Laocoonte*!—Avancemos, pues.

¡Oh prodigio! No basta conocerlo, como lo conoce todo el mundo, por el vaciado, por el grabado ó por la fotografía. Acontece con estas obras maestras que, despues de serle á uno familiares por las muchas y excelentes copias de ellas que se encuentran en todos los grandes Museos de Europa, todavía cree verlas por primera vez cuando examina el original.—Y es que ni el vaciado ni la copia tendrán nunca la morbidez del Paros ó del Carrara modelado por aquellos magos del arte y bruñido por el tiempo. Quien no haya visto estos modelos insuperables, asombro de generaciones de artistas, no sabrá jamás hasta qué punto puede animarse la piedra bajo la mano del escultor; ni cómo una forma precisa y dura adquiere el indeciso contorno de la carne y la suave vaguedad del movimiento.

Ved á *Laocoonte*: vedlo pugar con las serpientes que lo ahogan y á sus hijos: ved la infinita angustia del rostro del padre: ved sus atléticos esfuerzos, sus miembros crispados, su desesperada actitud, y decid si aquello es materia inerte; si aquella boca no se queja; si aquellos brazos no luchan; si aquel corazon no llora lágrimas de sangre.

Y ¡qué transicion!—En el lado opuesto encontrais el *Apolo de Belvedere*, la suave figura que pasa por el tipo más perfecto de la belleza del hombre; el gallardo mancebo de correctas formas, de varonil hermosura, de noble continente, que enamora tanto á las hijas de Eva como la *Venus de Médicis* á los hijos de Adan; el *Apolo de Belvedere*..., en fin, muestra proverbial de que no siempre es *feo* el sexo que no se llama *bello* por antonomasia.

Despues encontrareis *El Leon que despedaza á un caballo*, admirable grupo, en que las dos figuras son interesantes, las dos nobles, ninguna odiosa;—el *Cupido de Praxiteles*, llamado el *Genio del Vaticano*;—su *Apolo* y su *Venus*, que son dos maravillas, copia la segunda de la famosa *Venus del Gnido*;—la renombrada estatua de *Meleagro*, y mil otras obras maestras que ni nombrar me es posible; pero que en otro cualquier Museo serian objeto principal del culto de los artistas.

Y nada digo de los *Vasos etruscos*, cuyas pinturas son otros tantos

poemas, ni de las urnas y pilas de pórvido y de otras riquísimas piedras que demuestran el grado de lujo y esplendor á que llegó el regalo de los antiguos; ni de las preciosidades artísticas y curiosidades históricas que encierra el *Museo Egipcio*...—¡El *Vaticano* es interminable, indescripible! ¡Museo digno de *Roma*..., y esto lo dice todo!

.....  
 ¡Oh! ¡Cuánto más fácil y definitivo, siquier más lento, hubiera sido el triunfo del Cristianismo sobre el paganismo (me refiero solamente á las formas exteriores), si, en vez de implantarse en *Roma* su centro de accion, se hubiese implantado en España, en Francia, en cualquiera otra nacion de Europa que no fuese Italia ni Grecia!

En *Roma*, si bien hirió á la gentilidad en el corazon, tuvo que luchar desventajosamente con ella (cuando menos en el terreno artístico), como con una hidra, cuyas cabezas se centuplicaban á sus golpes...

.....  
 El *Renacimiento* (esto es, el triunfo del ideal terreno del arte antiguo sobre el espiritualismo sublime de los artistas y de los escritores ascetas) fue contemporáneo de la *Reforma*...

Y la lucha sigue, y seguirá todavía mucho tiempo...

.....  
 Roma 8 de enero.

He pasado tres dias más en *Roma*, de donde parto hoy para *Nápoles*, para la hermosa *Nápoles*, término de mi peregrinacion.

Mucho he visto, sentido y pensado en la Ciudad Eterna durante estos últimos tres dias, y mucho nuevo que ver, que sentir y que pensar tendría, aunque permaneciera en ella años y años... ¡Roma es inmensa! ¡Roma es infinita!

La descripcion completa de sus Ruinas requeriria un tomo en folio; otro la descripcion de sus Iglesias; otro la de sus Pinturas; otro la de sus Vasos, Bronces y Medallas; otro la de sus Esculturas; otro la de sus Bibliotecas; otro la de sus Oficinas eclesiásticas; otro la de sus Academias artísticas, *et sic de cæteris*...

Me declaro, pues, vencido, agobiado, anonadado por la Gran Ciudad, y huyo, renunciando á la tarea de acabar de describirla.

Tampoco me atrevo todavía á decir cosa alguna acerca de la cuestion del Poder temporal de los Papas...

Esta cuestion es otro abismo sin fondo.

...en la parte de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

LIBRO UNDÉCIMO

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

NABOLES

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...  
...de las partes de arriba y abajo...

## LIBRO UNDECIMO.

---

### NAPOLÉS.

#### I.

DE ROMA A LA FRONTERA NAPOLITANA.—TERRACINA.—GAETA.—UN  
OBSTACULO IMPREVISTO.

Terracina, 9 de enero

Héme en *Terracina*, en la última ciudad de los Estados Pontificios, á media legua de la frontera napolitana.

Acabamos de llegar. Son las once de la noche. Vamos á descansar algunas horas, y mañana por la mañana saldremos para Nápoles.

Dióscoro Puebla, uno de los artistas pensionados por el gobierno español en Roma, y de quien ya te he hablado en mis anteriores cartas, forma parte de la expedición.—El se volverá á Roma desde Nápoles: los demás regresaremos á España.

Creo inútil decirte que *los demás* somos Caballero, Jussuf y yo.

Nuestro viaje de Roma á *Terracina* apenas es digno de mencion, despues de la descripción minuciosa que te tengo hecha de otra caminata en posta por el Estado Romano.

A *mezzo-giorno*, esto es, á las doce del día, salimos hoy de la Ciudad Eterna, por la puerta *San Giovanni*, Jussuf encargado siempre de la galga ó *scarpa*, y Caballero, Puebla y yo cómodamente arrellenados en una inmensa y sólida carretela, dentro de la cual quedaba sitio para el con-sabido cesto de provisiones.

Cruzamos la campiña romana, triste, solitaria, llena de ruinas. Torné á ver á *Albano*, donde llamó mi atención el contraste que ofrecian los soldados franceses con los soldados napolitanos que se han refugiado en este país, despues de las derrotas del Volturmo; aquellos, equipados lujosamente; estos, miserables y desarrapados; los unos ébrios; los otros páli-

dos y desfallecidos. Pasamos un hermoso *Puente* que une á Albano con *Ariccia*, desde el cual descubrimos una hermosa vista, que comprendia: una llanura suave y melancólica y un horizonte de mar. Limitaban el paisaje á la izquierda, los frondosos Montes Albanos, á cuya falda se veian blanquear mil fúnebres ruinas... hasta de ciudades enteras!—Gozamos luégo de una sublime puesta de sol en el mar, bajo un pabellon de rojizas nubes, y, á la luz del crepúsculo, en el solemne silencio que nos rodeaba, contemplamos con infinita tristeza y honda compasion aquella tierra solitaria que íbamos cruzando, apestada y bella como la infortunada Pia, y en que no se notaban otras señales de vida que algunas pjaras de búfalos revolcándose en el cieno de los fétidos pantanos.

Ya de noche, pasamos por *Velletri*, patria de Augusto, antiquísima ciudad, cuyas mujeres tienen reputacion de muy hermosas, y donde, al decir de Puebla, que conoce palmo á palmo los alrededores de Roma, quedan muchos, muchísimos recuerdos de la ocupacion española de 1849..., tanto que los franceses, para embromar á aquellas beldades, las llaman *Margaritas...*; epigrama que no explicaré.—Allí mudamos tiro, y por cierto que el maestro de Postas nos declaró, casi con lágrimas en los ojos, que nuestra silla era la primera que pasaba por la ciudad despues de la Noche-Buena.—Tambien nos ha anunciado que probablemente no nos dejarán los Piamonteses cruzar la frontera napolitana; pero nosotros hemos seguido adelante: primero, porque tengo una carta para Cialdini; y segundo, porque en Roma nos han asegurado que hay armisticio entre los sitiadores y los defensores de Gaeta.

En las demás paradas los dueños de los *albergos* nos han pedido, como se pide una limosna, que entrásemos en sus establecimientos, que pasásemos allí la noche, ó que á lo menos hiciésemos algun gasto, pues se hallan en la última miseria á causa de la interrupcion de las comunicaciones.—Los postillones, por su parte, al darnos las *gracias* por la propina, ó sea por la *buona mano*, nos han confesado que en todo el invierno no han comido más que achicorias.

Mas no se crea que semejante estado de indigencia se limita á los que viven de los forasteros. Todo el pais pontificio presenta el mismo aspecto de desolacion y ruina, no sólo á consecuencia de la guerra, sino porque sus habitantes fueron siempre tan pobres como su suelo, y tan apáticos y enemigos de trabajar como reacio su gobierno en emprender reformas y obras públicas. Asi es que, por donde quiera que hemos pasado, nos han acometido verdaderos enjambres de pordioseros, los cuales, dicho sea de paso tambien, y para satisfaccion de los poetas, nos tuteaban familiarmente, no por espíritu democrático de nuestros dias, sino á la manera clásica, como los antiguos romanos tuteaban á sus señores, ó tal vez como los primitivos nazarenos, declarados hermanos por Jesucristo, se tuteaban entre si.—¡Oh! Italia revela á todas horas su decrepitud... Italia es la horrura de un mineral fundido ya dos veces... Italia ha vivido demasiado para ser hoy feliz.

Departiendo acerca de tales cosas y de otras que no son de estelugar, hemos pasado por los encinares de *Cisterna*, albergue de bandidos desde la antigüedad hasta nuestros días, y por la *Torre de Tre Ponti*, donde hemos mudado tiro.

Allí empiezan las célebres *Lagunas Pontinas*, que se extienden hasta la ciudad en que escribo, ó sea por un espacio de ocho leguas de longitud y tres de máxima anchura. Sus aguas estancadas producen la *malaria*, tremendo azote que ha despoblado completamente toda aquella region, en que hubo en otro tiempo nada menos que treinta y tres ciudades.

Finalmente, á las diez y media de la noche hemos llegado á *Terracina*, segundo Puerto de mar de los Estados Pontificios, y albergádonos en el *Hotel de la Posta*, desde cuyos dismantelados salones oigo los bramidos del líquido elemento..., ¡que por cierto se halla bastante encolerizado!

Aquí nos han vuelto á anunciar que es muy posible que los Piamonteses no nos dejen pasar la frontera napolitana; pues desconfían de todo el que se dirige, procedente de Roma, al teatro de los sucesos...

(El Campamento de los sitiadores de Gaeta dista unas tres leguas de *Terracina*, y la plaza sitiada se ve perfectamente, segun nos dicen, desde el Muelle de esta ciudad.)

También nos han asegurado que ayer al medio día sonaba todavía el cañon por aquella parte y se percibía el humo de la pólvora en el cielo que cobija á Mola.

¿Si no habra tal armisticio?

Mañana veremos.

Día 10.

Han pasado veinte y cuatro horas bastante largas, y cátanos todavía en *Terracina*, decididos á volvernos á Roma, y á emprender desde allí el viaje á Nápoles, por Civita-Vecchia y el mar.

Antes de tomar esta determinacion, hemos apurado todos los medios imaginables para continuar nuestra marcha por tierra, ó, á lo ménos, para no perder lo que llevamos andado y embarcarnos en este puerto con direccion á Nápoles, ó al mismo Gaeta: pero todo ha sido inutil.

He aquí lo que nos ha pasado:—Esta mañana, al ser de día, hicimos enganchar la silla de posta y tomamos el camino de Nápoles, contra la opinion de los habitantes de *Terracina*, que nos aseguraban que tendríamos que volvernos.

El día estaba hermoso; pero la mar agitatísima. La carretera seguía por la misma costa, abierta á pico en ásperas peñas. A nuestra izquierda veíamos formidables cumbres convertidas en fortificaciones. La rica vejetacion que festoneaba los zócalos de aquellos gigantes de granito anunciaba ya la espléndida flora del Mediodía. A lo lejos se divisaban las rocas artilladas que cercan á *Gaeta*, asilo del valor y la desgracia, último baluarte de una monarquía moribunda.

A la media hora de camino, dejamos los *Estados del Papa*, y entramos

en el *Reino de Nápoles*. En los límites de ambas *naciones*, habia una especie de Portazgo, donde un empleado pontificio nos pidió la última limosna por no vernos los pasaportes. Nosotros le preguntamos, en cambio, si nos detendrian más adelante las tropas piemontesas. El romano nos dijo *que no*; é hizo bien ..;—pues de otro modo no se hubiera justificado la susodicha limosna.

Un cuarto de legua más adelante, y al pié ya de *Fondi*, primer pueblo napolitano, la carretera, estrechada entre el *Lago de Fondi* y unas altísimas rocas, estaba cortada por una alta Puerta, guarnecida de dos macizas torres artilladas.—Llábase la *Portella*, segun nos dijo el Postillon, y es la verdadera entrada en el Reino de Nápoles.

Este Postillon, vestido con su casaquilla corta y con su alto sombrero chapado, era realista de Francisco II y llevaba un miedo cerval.

Llamamos á la Puerta: sonó al otro lado de ella ruido de armas, y una voz terrible exclamó en italiano:

—¿Quién vive?

—Una silla de posta que se dirige á Nápoles...—contestamos nosotros.

—¿De qué nacion son ustedes?

—Españoles.

—No se puede pasar.

—Tenemos una carta para el general Cialdini...

—El general Cialdini está en *Mola di Gaeta*, y nosotros tenemos órden de no creer en ninguna carta y mucho menos en españoles.

—Entonces, quisiéramos ponerle un parte telegráfico al general, y, para ello, nos permitirá usted subir á *Fondi*.

—No, señor: lo que se hará será enviarle el despacho al coronel que manda en *Fondi*, y él verá si puede trasmitirse al general Cialdini.

Nos armamos de paciencia; escribimos con lapiz un parte al general Cialdini, diciéndole que llevábamos recomendaciones del conde de Cavour para las autoridades de Nápoles, y deslizamos el papel por debajo de la *Portella*.

El despacho debió de impresionar al oficial de guardia; pues un minuto despues oimos estas órdenes:

—¡A escape! ¡Rebiente usted al caballo! Y dígame al coronel que estos señores, con harto sentimiento mio, están esperando al otro lado de la *Portella*.

A tales palabras siguió el rumor de un galope desesperado.

Nosotros sacamos nuestras provisiones; nos sentamos en el tranco de aquella Puerta que daba entrada á un campo de batalla, á un Reino hundido, á las regiones calcinadas por el Vesubio, á la *Gran Grecia* de los antiguos, y nos pusimos á almorzar, no sin convidar antes al Oficial de guardia, quien nos dió las gracias, asegurándonos que aceptaria con mucho gusto si no le estuviese prohibido, pena de la vida, salir por aquella Puerta ó dejar penetrar á nadie.

En cambio, sacó una silla, la apoyó contra el porton, y así, espalda

con espalda y una tabla por medio, emprendimos una larga y amistosa conversacion, en que nos enteró del estado de la campaña.

El armisticio ha sido pura invencion de los romanos. Hace cuatro dias (el domingo) se dieron tres ataques inútiles á *Gaeta*, en que murieron muchos piamonteses. La Escuadra francesa no se ha marchado, y mientras permanezca delante de la plaza, no se podrá atacar por mar, lo que quiere decir que, sin ofrecer socorro ni esperanza alguna á los sitiados, Napoleon prolongará su agonía. Se han repartido en *Gaeta* raciones para ocho dias, y al cabo de ellos, tendrá que rendirse irremediamente, falta de víveres y municiones. Desde hoy empezarán á embarcar la caballería y á trasladarla á Terracina, á lo cual no se oponen los franceses.— Es el principio de la evacuacion.

En cuanto á la desconfianza con que se nos mira á los españoles, está muy justificada.—A los franceses se les cree falsos amigos de Francisco II: á nosotros falsos *neutrales* en la cuestion... Y la verdad es que, á este propósito, nos contó el Oficial *muchas cosas* que... no me parecieron bien, ni favorables á España. . . . .

Esta conversacion me traia el aura guerrera del año pasado. El año pasado, tal dia como hoy, estábamos en el *Campamento del Hambre*. El paraje que me rodeaba esta mañana tenia tambien mucha semejanza con el de Rio Azmir: una montaña; un pantano; el mar á lo lejos; un sol de oro... —Los ecos de la soledad eran asimismo iguales: són de trompetas, ruido de armas, palabras de muerte...—Entre una y otra escena mediaba casi todo el Mediterráneo ¡cuatrocientas leguas de mar!...; pero la latitud era la misma; la temperatura idéntica tambien: primavera en Enero...— ¡Inolvidables mañanas una y otra!

Volvió el soldado de caballería...—; El coronel de *Fondi* se negaba á transmitir el despacho telegráfico!

No habia más remedio que volver á *Terracina*; y así lo hicimos.

El resto del dia lo hemos pasado recorriendo esta ciudad, cuyo aspecto bizantino, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un Vaporcito que habia estado desembarcando caballos procedentes de *Gaeta*, se dispuso á volver á la plaza sitiada:

—¡Vamos á *Gaeta*? nos preguntamos á una voz.

—¡Vamos! nos respondimos á un mismo tiempo.

Y corrimos al muelle.

La mar estaba espantosa: el bote del Vapor acababa de separarse de la orilla...

—¡Ah del bote! exclamamos:

—¡Bote! ¡Bote! repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó: los bramidos del mar se lo impedian

A esta casual circunstancia debemos la vida Dióscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo.

Cinco minutos despues resonaba un espantoso grito en la playa de *Terracina*.

El bote habia sido devorado por las irritadas olas.

De los cuatro marineros que lo tripulaban, sólo tres pudieron salvarse con auxilio de los remos.—El cuarto desapareció..., y ni su cadáver se ha encontrado todavía.—Las tablas del bote sí han sido arrojadas por las olas á los peñascos de la punta del muelle.

Nosotros no hemos podido menos de dar gracias á Dios por todos los sucesos del dia de hoy.—¿Qué significa nuestro contratiempo de esta mañana, comparado con la prodigiosa fortuna que hemos tenido esta tarde?

Nos volvemos, pues, á Roma; desde donde iremos en ferrocarril á *Civita-Vecchia*, en busca de un Vapor que nos conduzca directamente á Nápoles.

## II.

CIVITA-VECCHIA.—DOS AJUSTICIADOS.—EL ARCHIPIELAGO PARTENOPEO.—EL VESUBIO Á LO LEJOS.—¡NÁPOLES!

Civita-Vecchia 12 de enero.

No se dirá que pierdo el tiempo. Han pasado dos dias, y ya estamos á bordo del *Durance*, Vapor francés, surto en el puerto de *Civita-Vecchia*.

Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas; y mañana nos amanecerá en el Golfo de Nápoles, al pié del Vesubio!

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma, y se marcharán por tierra á Turin, donde he prometido estar dentro de veinte dias.—Dióscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido un sueño: quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos, y que nos levantamos esta mañana á las ocho, y tomamos el tren para *Civita-Vecchia* sin ver á nadie....—¡Nos avergonzaba el haber tenido que volvernos desde Fondi, cuando ya pisábamos territorio napolitano!

En *Civita-Vecchia* nos ha acompañado y obsequiado mucho el Cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares.

El único Puerto de los actuales Estados romanos tiene muy poco que ver, y eso poco *no lo hemos visto*, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.—Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venia, caballero en una mula, y calado de agua, de guillotinar á dos reos políticos.

La suerte de estos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del Poder Temporal del Papa, iban ya á ser ajusticiados en Perugia, cuando hé aquí que la ciu-